

LOS PROBLEMAS ECONÓMICOS Y DE DISCIPLINA EN LAS CAMPAÑAS DEL PRÍNCIPE MANUEL FILIBERTO DE SABOYA EN FLANDES (1554-1559)

Alberto Raúl ESTEBAN RIBAS¹

RESUMEN

El príncipe Manuel Filiberto de Saboya, uno de los mejores generales del siglo XVI, condujo a la victoria a los ejércitos de Felipe II en la guerra contra Francia; sin embargo aquellas campañas estuvieron jalonadas de importantes problemas de financiación y de disciplina que lastraron la efectividad de las fuerzas de la Monarquía Hispánica. El Diario de Manuel Filiberto es un testimonio de primera mano de las dificultades de comandar aquel ejército.

PALABRAS CLAVE: Felipe II; Manuel Filiberto de Saboya; Guerra España-Francia; Flandes; Finanzas; Disciplina Militar.

SUMMARY

Prince Emanuele Filiberto di Savoia, one of the best generals of the sixteenth century, led to the victory to the armies of Philip II in the war against France, but those campaigns were punctuated by major financing

¹ Licenciado en Economía.

problems weighed discipline and effectiveness of the forces of the Spanish Monarchy. The Diary of Emmanuel Philibert is a firsthand account of the difficulties of commanding this army.

KEYWORDS: Philip II; Emanuele Filiberto di Savoia; War Spain-France; Flanders; Finance; Military Discipline.

* * * * *

1.- EL PRÍNCIPE EMANUELE FILIBERTO

Manuel Filiberto nació en Chambéry el 8 de julio de 1528, segundo hijo varón del matrimonio formado por el duque Carlos III de Saboya y la infanta Beatriz de Portugal; la vida del niño estaba destinada inicialmente a la Iglesia: nada más nacer sus padres pidieron al papa Clemente VII que asignase a Manuel Filiberto el cargo de abad de Altacomba y en 1530 el pontífice les prometió que su hijito sería cardenal. Pero en 1535 el primogénito sabauda Ludovico murió y los planes para Manuel Filiberto cambiaron drásticamente: el niño dejó los estudios eclesiásticos y se inició en la educación política como heredero del ducado de Saboya. No fue la única muerte de niños en la familia: de los nueve hijos e hijas que tuvieron los duques, tan solo Manuel Filiberto llegó a la edad adulta –y su madre murió durante el parto de su noveno vástago, Caterina–.

El territorio saboyano era una amalgama de estados de naturaleza feudal, con sus propias leyes y costumbres, unidos bajo la figura común del soberano, que era a la par príncipe del Piamonte, duque de Saboya, duque de Aosta y conde de Niza. Tradicionalmente Saboya² se había mantenido independiente y neutral de los conflictos italianos, pero el creciente expansionismo francés iba a truncar ese aislamiento: en 1536 una invasión franco-suiza arrebató al duque Carlos el control de buena parte de Saboya y Piamonte; el ducado carecía de recursos y de ejércitos para defenderse y tan solo tenían dos alternativas: contemporizar con los franceses o aliarse con los imperiales. Carlos III optó por declararse partidario de su cuñado³ el emperador Carlos V y ello comportó para su familia el inicio del exilio por tierras ita-

² A lo largo del texto las referencias geográficas y políticas a “Saboya” deben entenderse referidas a la totalidad de los territorios patrimonio de la familia principesca y no solamente al ámbito geográfico del ducado de Saboya.

³ La esposa de Carlos III y madre de Manuel Filiberto, Beatriz de Portugal, era hermana de Isabel de Portugal, esposa del emperador Carlos V. Curiosamente, tanto Carlos V como su esposa

lianas durante los siguientes meses huyendo de las tropas francesas, hasta finalmente buscar la protección de los españoles en el ducado de Milán; durante aquellos dramáticos sucesos el joven Manuel Filiberto fue testigo de primera fila de la complejidad de los asuntos de estado y comprendió pronto la importancia del dinero y de disponer de tropas bien entrenadas y pagadas para defender la integridad de su reino.

En 1545 el duque Carlos III decide enviar a su hijo a la corte imperial de Carlos V: era el inicio de una estrechísima relación de servicio y fidelidad entre Manuel Filiberto y los Austrias que se prolongaría durante muchos años; el príncipe sabauda estaría a las órdenes directas de Carlos V y Felipe II durante los siguientes 15 años y finalmente su fidelidad sería recompensada, tras la victoria sobre Francia, con la recuperación de sus territorios ancestrales con la firma de la paz de Cateau-Cambrésis (1559). De hecho, gracias a su constancia política en la defensa de sus derechos hereditarios de Saboya y a su habilidad y valor militar, Manuel Filiberto luciría el apodo de *Testa di ferro* (cabeza de hierro).

A finales de la década de 1540 Manuel Filiberto estuvo en Alemania al lado del Emperador, enfrascado en resolver sus disputas con la Liga de Esmacalda; durante aquellos años el joven príncipe se hizo valer por su inteligencia y amable trato; posteriormente viajó a Italia, donde los acontecimientos políticos reclamaban su presencia en aquel frente: los franceses estaban preparando una nueva expedición militar contra las posesiones hispanas en la península italiana y Manuel Filiberto deseaba estar en aquel escenario con la intención de adquirir mayor experiencia de guerra y de mostrar a sus súbditos que su presencia en aquellas tierras quería ser símbolo de una próxima liberación del yugo francés; el joven comandó con éxito las fuerzas de caballería del ejército imperial de Ferrante Gonzaga en la contraofensiva de primavera 1552 contra el ejército francés en Italia a las órdenes de Charles de Cossé, conde de Brissac.

Sin embargo, el frente decisivo en el conflicto entre los Habsburgo y los Valois no iba a ser Italia, sino mucho más al norte, en Flandes. El teatro operacional en Flandes se centraba en las comarcas que se extendían desde el Canal de la Mancha a las Ardenas; se trataba de un territorio rico y poblado, muy fértil y donde la presencia de importantes plazas fuertes condicionaba la dinámica de la guerra: la posesión de éstas mediante asedios iba a ser la tónica general en vez de las operaciones campales de Italia. Además el mantenimiento operativo de los ejércitos hispanos en Flandes –al

y cuñada eran nietos de los Reyes Católicos: Carlos V, por ser hijo de la princesa Juana, y las dos hermanas por ser hijas de la infanta María.

igual que en el bando francés— iba a convertirse en un factor decisivo: atrás en el tiempo quedaban las operaciones limitadas estacionales con ejércitos “reducidos” —fuerzas a lo sumo de 10.000 hombres—: las guerras de religión en Alemania de la década precedente ya habían visto ejércitos superiores a 40.000 hombres, pero el conflicto Habsburgo-Valois iba a agravar aún más la situación y a movilizar grandes contingentes de manera casi permanente; es en este contexto en que la disponibilidad de financiación iba a ser de capital importancia para la victoria.

En abril de 1552 los franceses invadieron Lorena y capturaron las importantes ciudades de Metz, Toul y Verdún. Carlos V estaba resuelto a devolver el golpe con una operación a gran escala; pero para ello necesitaba soldados y dinero y en aquellos cruciales momentos lo mejor de lo mejor estaba en España: el Emperador escribió a su hijo Felipe, a la sazón regente en España, que urgentemente le enviara “tantos soldados españoles como le fuera posible”⁴ y le recordaba que lo que estaba en juego no solamente era su prestigio como emperador, sino la herencia que legaría al príncipe: “lo que va a vuestra honra, reputación y conservación de los estados que Dios nos ha dado y habemos adquirido”⁵. Felipe se puso rápidamente a trabajar: encargó a Fernando Álvarez de Toledo y Pimentel, III duque de Alba, como futuro jefe de la ofensiva terrestre de Flandes, la recluta de las tropas, mientras él se dedicaba al tema financiero⁶, logrando reunir la ingente cifra de 4,5 millones de ducados para la defensa de Italia, España, las flotas del Mediterráneo y el ejército de campaña en Flandes⁷.

Manuel Filiberto fue reclamado de Italia a presencia del Emperador para tomar el mando de fuerzas de caballería flamenca para la ofensiva contra los franceses. El Emperador había decidido recuperar Metz por su importancia estratégica militar y política: en el plano militar, con su captura se lograría una importante plaza fortificada desde la que lanzar nuevas operaciones y asegurarse una importante posición frente a futuros contraataques enemigos; en cuanto a su valor político, permitiría recuperar el prestigio perdido tras la captura por parte de los franceses de aquellas ciudades, espe-

⁴ Sobre el total de efectivos españoles en Flandes en este período: MARTINEZ RUIZ, Enrique: *Los Soldados del Rey*. Actas, Madrid, 2008, p. 886.

⁵ PARKER, Geoffrey: *Felipe II. La biografía definitiva*. Editorial Planeta, Barcelona, 2010, p. 109.

⁶ Para un mayor conocimiento de los recursos financieros de la corona de Castilla y en general, de la monarquía hispánica: ÁLVAREZ NOGAL, Carlos: *Oferta y demanda de deuda pública en castilla. Juros de alcabalas (1540-1740)*. Estudios de Historia Económica, N.º 55. Banco de España, Madrid, 2009; CARANDE, Ramón: *Carlos v y sus banqueros*. Critica, Madrid, 2000; RIBOT GARCÍA, Luis A. (Dir.): *Las finanzas estatales en España e Italia en la Época Moderna*. Instituto Universitario de Historia Simancas, Madrid, 2009.

⁷ PARKER, Geoffrey: op.cit., p. 110.

cialmente ante los ojos de los príncipes alemanes, que seguían relativamente inquietos a pesar de la gran derrota de Mühlberg (1547).

En octubre de 1552 un poderoso ejército imperial de 40.000 infantes, 10.000 jinetes, 113 cañones y 6.000 ingenieros, artilleros y gastadores se concentró en la frontera franco-flamenca; además, ya en territorio francés, se les unió el ejército mercenario de Alberto de Brandemburgo-Kulmach, de 15.000 infantes y 50 cañones⁸. Sin embargo las tropas cesáreas fracasaron en la operación: la guarnición francesa de Metz había sido reforzada durante el verano y mejorado sus defensas y la estación otoñal estaba demasiado avanzada como para mantener un largo asedio.

Carlos V quedó profundamente dolido por el desastre de Metz; iniciada la penosa retirada⁹ de su ejército hacia Flandes, tras alcanzar Bruselas el Emperador sufrió un colapso: la enfermedad de la gota arreció con fuerza y también entró en una profunda depresión, obsesionado con su reciente derrota y pérdida de prestigio internacional; literalmente abandonó sus tareas de gobierno: pero gracias al trabajo de su hermana María de Hungría en los Países Bajos, su hermano Fernando en Alemania y de su hijo Felipe en España, el poder se mantuvo controlado.

Pasadas algunas semanas poco a poco Carlos V volvió a recuperar fuerzas y ánimos para regir los destinos del Imperio; tanto su hijo Felipe como sus consejeros le hicieron ver que la guerra aún no estaba perdida. Pero para continuar la guerra en Flandes no había dinero después de los esfuerzos de campañas anteriores: “los Países Bajos no pueden pagar más, (...) estando tan imposibilitados como están”, escribía el Emperador a su hijo Felipe¹⁰. Pero el regente Felipe también se lamentaba por la escasez de fondos de las tierras castellanas: el extraordinario esfuerzo económico realizado para el año 1552 había dejado exhaustas las arcas reales; por si fuera poco, turcos y franceses navegaban a sus anchas por el Mediterráneo occidental, por lo que de manera urgente –y sin consultar al Emperador– el príncipe Felipe había recaudado dinero y 3.000 soldados para enviarlos a la defensa de Génova y otras costas italianas.

Aun con tan graves apuros sin resolver el Emperador decidió igualmente iniciar la campaña contra Francia en primavera de 1553; Carlos V ordenó el relevo del duque de Alba como comandante en jefe del ejército imperial, considerándolo parcialmente responsable del fracaso de la empresa de Metz, y a pesar que las

⁸ MESA GALLEGU, Eduardo de: *La batalla de San Quintín, 1557*. Colección Guerreros y Batallas, n° 15. Almena, Madrid, 2004, p. 11.

⁹ En enero se dio la orden de retirada: las fuerzas imperiales perdieron 25.000 hombres entre muertos y desertores; se abandonó gran cantidad de material, fueron tirados al río 30 cañones con sus tiros en la precipitada huida y 600 heridos fueron abandonados a merced de los franceses. PARKER, Geoffrey: op.cit., p. 111.

¹⁰ *Ibidem*, p. 112.

tropas españolas pidieron en mayo de 1553 que el general en jefe fuese Manuel Filiberto, el Emperador optó por nombrar a Adrien de Croÿ, conde de Roelux, como nuevo comandante en jefe¹¹ de un ejército de 15.000 infantes y 7.000 jinetes. El plan de campaña contemplaba en esta ocasión el asedio de la fortaleza de Théroouanne como principal objetivo estratégico: desde 1521 la guarnición francesa había arrasado más de 500 casas en las aldeas fronterizas flamencas, por lo que aquella constante amenaza debía ser neutralizada. En mayo el ejército imperial ponía cerco a la plaza pero el 5 de junio de 1553 Adrien de Croÿ moría a causa de las heridas sufridas en los combates; esta vez Carlos V decidió elevar a Manuel Filiberto a la máxima jefatura, con tan solo 24 años¹².

El príncipe saboyano condujo a buen término el asedio logrando la rendición de la plaza el 20 de junio. El Emperador, en un arrebato de colera de difícil justificación, ordenó la destrucción de la ciudad hasta los cimientos y se esparció sal por las ruinas y sus campos. Tras conquistar Théroouanne la siguiente orden de Manuel Filiberto como comandante en jefe fue ordenar el asedio de Hesdin; y de nuevo se pusieron de manifiesto las enormes dificultades de la jefatura para comandar una fuerza tan multiétnica como la que disponía el príncipe sabaud¹³ –valones, españoles, italianos, flamencos, borgoñones, alemanes–: los diversos contingentes nacionales competían entre sí por alcanzar mayor protagonismo militar –y consecuentemente, mayor proporción en el reparto del botín–; además Carlos V deseaba estar permanentemente informado de todas las operaciones, por lo que continuamente se tenían que enviar mensajeros a la corte para informar y recibir la conformidad del monarca y por si fuera poco la relativa poca experiencia de Manuel Filiberto y su escaso peso político en Flandes provocaba que antes de tomar una decisión debiera escuchar los consejos y opiniones de todos los otros generales y nobles presentes en el ejército... A pesar de estas dificultades políticas, amén de las naturales militares, finalmente se logró capturar la plaza, que también fue totalmente destruida por orden expresa de Carlos V; posteriormente se construiría una fortaleza a 6 km al sur, con el nombre de Hesdinfort (fuerte de Hesdin) para proteger aquel territorio de un contraataque francés.

¹¹ Tal y como afirma Pierpaolo Merlin “Carlos V, que conocía bien el orgullo de sus súbditos flamencos, había pensado que en una campaña destinada a combatirse, en buena medida, en suelo flamenco, era más oportuno que al mando del ejército estuviese un representante eminente de la nobleza local, cuyo apoyo era esencial el resultado de la guerra. (...)”. MERLIN, Pierpaolo: *Manuel Filiberto. Duque de Saboya y General de España*. Actas, Madrid, 2008, p. 67.

¹² “Frente al problema de la sucesión y de la aparición de fuertes rivalidades entre los principales jefes imperiales, que trataban de conseguir el codiciado cargo (...) Carlos V decidió nombrar a un personaje estimado, desde luego, pero, en apariencia, al margen del juego diversas facciones.” Ibidem, p. 69.

¹³ MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 73. DUCROS, Jean Pierre: *Histoire d’Emmanuel-Philibert, duc de Savoie*. Chamerot, París, 1838, p. 17.

El ejército de Manuel Filiberto se mantuvo en las siguientes semanas en tierras francesas saqueando la comarca de la ciudad de Doullens, pero sin entrar más en profundidad en territorio enemigo ni buscando a su fuerza de maniobra, puesto que las limitaciones de recursos financieros impedían una estrategia más agresiva¹⁴. Los franceses, comandados por su rey Enrique II, se movieron hacia Cambrai para intentar obligar a los imperiales a relajar la presión sobre Doullens; Manuel Filiberto aceptó el envite y desplazó a su ejército al norte, amén de reforzar también la guarnición de la plaza de Cambrai. Aunque cabría esperar una confrontación campal ambos mandos decidieron actuar cautelosamente y durante varios días ambos ejércitos permanecieron casi frente a frente sin entablar batalla, tan solo escaramuzas; con la llegada del otoño la situación de tensa calma continuó y tácitamente los dos ejércitos se retiraron al interior de sus fronteras para acuartelarse, reduciendo sus efectivos para ahorrar costes.

La guerra quedó así de nuevo en tablas y las dos partes comprendieron que para acabar el conflicto sería necesario lanzar una potente ofensiva en primavera-verano de 1554. Los meses siguientes fueron frenéticos para Manuel Filiberto intentando reclutar tropas en Alemania y España y obtener los recursos financieros necesarios: gracias a todo ello Manuel Filiberto contaría para la siguiente campaña con 35.000 infantes y 6.000 jinetes; un diplomático inglés, John Masone, que se encontraba en Flandes preparando los esponsales del príncipe Felipe con su tía María Estuardo, reina de Inglaterra, sentenciaba “Procure Dios suficiente dinero”.¹⁵

Con miras a una resolución definitiva de la guerra el Emperador reclamó a su lado al veterano general Ferrante Gonzaga¹⁶ con la intención de tutelar y asesorar al joven Manuel Filiberto. De nuevo los franceses se adelantaron y lanzaron su ofensiva en junio sobre territorio flamenco conquistando Mariemont y Binche; pero tras aquellos éxitos los franceses decidieron volver a sus fronteras y a pesar de los intentos de Manuel Filiberto, atacando las aldeas de la frontera, no logró trabar ningún combate campal de relevancia.

¹⁴ Manuel Filiberto escribe que antes de partir hacia Hesdin solicitó al Emperador unos refuerzos de 10.000 infantes y 4.000 jinetes alemanes para continuar su ofensiva, pero que *a lo qual se me respondió que por algunas causas –las quales aun no me las dixeron, entendí que era falta de dinero- querían que hiziesse la guerra defensiva–*. EMANUELE FILIBERTO, duque de Saboya: *I Diari delle campagne di Fiandra*. Società storica subalpina, Turin, 1928, p. 137.

¹⁵ MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 84.

¹⁶ Ferrante de Gonzaga (1507-1557) fue un general italiano al servicio de Carlos V. De la ilustre familia de los Gonzaga de Mantua, sirvió exitosamente al Emperador en las guerras italianas (saqueo de Roma, Nápoles, Florencia). Tras la estabilización del frente italiano Carlos V lo reclamó a Flandes para que imprimiera su sello estratégico y táctico a la campaña contra los franceses.

A pesar de la escasa efectividad de aquella campaña, y para dejar bien patente el aprecio que la figura del joven príncipe despertaba en la Casa del Emperador, la reina María de Hungría, gobernadora de aquellos estados, firmó una disposición, en septiembre de 1554, por la cual a Manuel Filiberto se le asignaban, por su rango de capitán general, una paga de 1.000 libras al mes, un séquito permanente y completamente pagado de 25 gentilhombres y una guardia personal de 50 alabarderos¹⁷.

Tras el fracaso de las grandes expectativas creadas para la campaña de 1554 el Emperador tuvo una nueva crisis de agotamiento, recluyéndose en una casita cerca de Bruselas, negándose a ver a ninguna autoridad¹⁸. Afortunadamente los franceses tampoco lanzaron ninguna operación a gran escala durante el otoño de 1554. El emperador ordenó licenciar a parte de las tropas el 23 de noviembre de 1554, especialmente los siempre conflictivos alemanes; con el dinero disponible se intentó retener al resto del ejército y construir 2 nuevas fortalezas, Charlemont y Philipeville, en el territorio del Mosa.

Pero 1555 tampoco vio ninguna campaña: ambos contendientes estaban exhaustos tras tantos años de guerra en Italia y Flandes. El propio Emperador se encontraba también agotado de la pesada carga del Imperio y de los diversos reinos y territorios de España y a lo largo de 1555 meditó y finalmente puso en práctica la idea de abdicación: el Imperio sería para su hermano Fernando y el resto de sus territorios para su hijo Felipe¹⁹. En cuanto a la eterna disputa con Francia, las diplomacias de ambos reinos iniciaron vías de aproximación para una salida negociada del conflicto.

Con la abdicación del Emperador su hermana María de Hungría decidió renunciar a su cargo de gobernadora general de los Países Bajos y de Borgoña; el nuevo soberano, el joven Felipe, ofreció el cargo al príncipe Manuel Filiberto, en reconocimiento por los servicios prestados. Y finalmente Felipe II pudo disfrutar de la noticia de la paz con Francia: el 5 de febrero de 1556 se firmaba la Tregua de Vaucelles, por la cual ambos contendientes se concedían un respiro durante 5 años, reconociéndose a Francia la posesión de tierras de los obispados de Metz, Toul y Verdun así como sus conquistas en el Piamonte, centro de Italia, Luxemburgo y frontera de Flandes. El Imperio, España y Flandes transigían en aras de legar a Felipe II una paz con Francia que Carlos V no había podido tener. Sin embargo en el pensamiento de ambos reyes se auguraba que la guerra se reabría más pronto que tarde, por lo que Felipe permaneció en los Países Bajos, a la espera de la ruptura de hostilidades.

¹⁷ MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 87.

¹⁸ PARKER, Geoffrey: op.cit., p. 135.

¹⁹ Respecto del proceso de transición entre el reinado de Carlos I y Felipe II: RODRIGUEZ SALGADO, María José, *Un imperio en transición*. Crítica, Barcelona, 1992.

Y así fue y de nuevo el origen de la guerra fue Italia: en octubre de 1556 el papa Paulo IV²⁰, el napolitano Gian Pietro Caraffa, azuzó a Enrique II de Francia a que de nuevo entrase en Italia para expulsar a los españoles – estaba el Papa especialmente resentido con España por ver como su Nápoles natal estaba gobernado por aquellos “extranjeros”–; Paulo IV excomulgó a Carlos V y a Felipe II, prometiendo el reino de Nápoles al rey francés Enrique II: un potente ejército a las órdenes de François de Lorraine, duque de Guise, avanzó hacia Roma²¹; pero las fuerzas hispanas a las órdenes del duque de Alba se adelantaron e invadieron los Estados Pontificios²².

Felipe II, decidido a emular las glorias militares de su padre, se implicó de lleno en los aspectos militares de la campaña de 1557 en Flandes, manteniendo un estrecho control personal sobre la estrategia bélica; además el joven príncipe viajó en primavera a Inglaterra para presionar a su esposa María Tudor para que apoyase la causa español: fruto de ello la reina inglesa reunió 9.000 libras y organizó un ejército con 7.000 infantes, zapadores y minadores con destino a Flandes; desde España y otras partes del imperio hispánico llegaron hasta 8.000 hombres. El 14 de mayo de 1557 Phillipe de Montmorency, conde de Horn, era enviado por Manuel Filiberto a Londres para someter a la aprobación de Felipe el plan de campaña, que consistía en una operación a gran escala sobre tierras francesas y la captura de alguna plaza importante (San Quintín, Rocroi)²³. Gracias al oro americano el gobernador sabauda pudo reclutar un poderoso ejército de 35.000 infantes, 12.000 jinetes y 8.000 ingenieros y especialistas²⁴, amén de las fuerzas expedicionarias inglesas; parte de ese oro también sirvió para comprar alimentos para la población civil flamenca y paliar la tremenda hambruna que se extendió por aquellas tierras entre 1556-57²⁵.

El plan operativo hispano consistía en hacer creer a los franceses que invadirían las tierras de Champaña para apoderarse de la ciudad de Guisa, si bien el destino verdadero era ocupar San Quintín, en Picardía, importante

²⁰ Para conocer mejor el conflicto entre la familia Caraffa y Felipe II: CABRERA DE CÓRDOBA, Luís: *Historia de Felipe II, Rey de España*. Vol. I, Aribau y cía, Madrid, 1876, pp. 57-260.

²¹ Compuesto por 4.000 franceses, 6.000 suizos y 3.000 jinetes. *Ibidem*, p.130.

²² Se componía su ejército de “cuatro mil españoles expertos, ocho mil napolitanos, seis estandartes de gente de armas, mil y quinientos caballos ligeros y doce piezas de artillería.” *Ibidem*, p. 106.

²³ PARKER, Geoffrey: *op.cit.*, p. 143.

²⁴ DUCROS, Jean Pierre: *op.cit.*, p.24. Según Cabrera de Córdoba, el ejército de Flandes se componía de 45.000 infantes, 13.000 jinetes y 8.000 gastadores. CABRERA DE CÓRDOBA, Luís: *op.cit.*, 174.

²⁵ El encargado de paliar el hambre es Rui Gómez, que desde España y otras partes de Europa hace llegar cargamentos de trigo y otros alimentos, que paliaran parte de la hambruna, aunque varios miles de personas murieron. ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl: *Gravelinas*, 1558. Almena, Madrid, 2010, p. 64.

mercado y plaza fortificada a orillas del río Somme. Pero a pesar de los cuidadosos preparativos hispanos en ser los primeros a lanzar una ofensiva, fueron los franceses quienes de nuevo llevaron la iniciativa: un ejército de 25.000 hombres a las órdenes del mariscal Anne de Montmorency se apoderó de Lens. No obstante aquel revés, Manuel Filiberto no se desanimó y mantuvo sus planes iniciales cayendo sobre la plaza de San Quintin; los franceses, con sus fuerzas dispersas entre Guisa y Marienburg, tan solo pudieron enviar inicialmente diversas columnas de refuerzo –en una de ellas viajaba el almirante Coligny, que asumió la defensa–, pero sus esfuerzos para levantar el asedio de San Quintin fracasaron. El propio Montmorency acudió a los arrabales de San Quintin con su principal fuerza de maniobra, formada por unos 22.000 infantes, 8.000 jinetes y 18 cañones; pero viendo la solidez de las líneas hispanas Montmorency dio la orden de retirada; fue aquel momento aprovechado por Manuel Filiberto para lanzar a todo su ejército en pos del enemigo: en la gloriosa jornada de San Quintin²⁶, el 10 de agosto de 1557, los franceses sufrieron 5.000 muertos y 6.000 prisioneros²⁷.

Tras la victoria, Manuel Filiberto solicitó permiso para marchar sobre París, pero Felipe II ordenó²⁸ que prosiguiese el asedio sobre la plaza de San Quintin, que finalmente fue tomada el 27 de agosto²⁹. Aquellas dos semanas

²⁶ Para un mayor conocimiento de estas operaciones: BIMBENET E.: *La Bataille de Saint-Quentin, livrée le 10 août 1557*. E. Puget, Orleans, 1872; BORDEAUX, P. E.: *Emmanuel-Philibert et la bataille de Saint-Quentin*. Picard, París, 1928; BROWN, Jonathan: *La Sala de Batallas de El Escorial*. Universidad de Salamanca. Salamanca, 1998; COLSON, Angèle : *La bataille de St-Laurent et le siège de Saint-Quentin en 1557, traduits de l'allemand sur des publications contemporaines*. J. Claye, París, 1877; DIAZ DE VILLEGAS Y BUSTAMANTE, José: *La batalla de San Quintín, primera gran victoria de Felipe II*. Instituto de Estudios Africanos, Madrid, 1959; DUCROS, Jean Pierre: *Histoire d'Emmanuel-Philibert, duc de Savoie*. Chamerot, París, 1838, pp. 25-32; FRANCO BAHAMONDE, Francisco: “La batalla de San Quintín” en *Revista de Historia Militar* núm.22, 1967, pp. 9-28; HORTA RODRÍGUEZ, Nicolás: “La batalla de San Quintín” en *Revista de Historia Militar* núm. 4, 1959, pp.7-60; LOSADA, Juan Carlos: *San Quintín*. Aguilar, Madrid, 2005; MESA GALLEGU, Eduardo de: *La batalla de San Quintín, 1557*. Colección Guerreros y Batallas, núm.15. Almena, Madrid, 2004; *Relación del sitio y asalto de San Quintín*. Documentos Inéditos para la Historia de España (CODOIN). Tomo IX. Academia de la Historia. Viuda de Calero, Madrid, 1846, pp. 486-543 ; STEIN, Henri: “La bataille de Saint-Quentin et les prisonniers français (1557-1559)” en *Memoires de la Soc.Académique de Saint-Quentin*, 4e série, tomo VIII, Années 1886-1887, 1888, p. 162; ZELLER, B.: *Henri II. Philippe II. Bataille de Saint-Quentin*. Hachette, París, 1890.

²⁷ Fueron tantos los muertos franceses que en palabras de un médico francés “vimos más de media legua de terreno cubierto por la muerte”. PARKER, Geoffrey: op.cit., p. 146.

²⁸ MESA GALLEGU, Eduardo de: op.cit., p. 45.

²⁹ El primer soldado español en entrar al asalto en San Quintin fue el arcabucero Gaspar de Alarcón y el primer oficial fue el capitán Luís Cabrera de Córdoba. Para mayor detalle de la discusión de quién fue el primero en entrar en la plaza: <http://ifc.dpz.es/recursos/publicaciones/00/70/03pardo.pdf>. El saqueo de la plaza fue extremadamente sangriento; el propio Felipe II quedó horrorizado por las escenas de violencia cometidas por los soldados de su ejército contra mujeres y niños. CABRERA DE CÓRDOBA, Luís: op.cit., p. 191; CODOIN: op.cit., tomo 3, pp. 512-522; MESA GALLEGU, Eduardo de: op.cit., p. 60.

de alivio permitieron a los franceses reorganizar sus fuerzas y crear dos ejércitos de campaña: los españoles tan solo pudieron entonces acometer acciones menores (conquistas de Ham, Catelet y Noyon) durante las semanas siguientes.

Felipe regresó del frente a Bruselas a mediados de octubre, pidiendo infructuosamente a los Estados Generales de los Países Bajos dinero para el ejército; debido a aquella falta de liquidez, y previendo ya la cercanía del invierno y el cese de las hostilidades, el rey Felipe ordenó a Manuel Filiberto que desmovilizara parte de su ejército: *la quenta del dinero (...) ha crecido, ha montado más de lo que se pensó. No veo forma de poderlo proveer*³⁰.

Mientras el rey buscaba recursos en todas partes, ordenó a Manuel Filiberto que negociase personalmente con los Estados para obtener contraprestaciones económicas con la amenaza latente del colapso de la defensa de Flandes si no se conseguía dinero para el ejército: fruto de las arduas negociaciones (a lo largo del otoño de 1557 y primavera de 1558) Felipe II consiguió la Ayuda Nonannual, por el cual todos los Estados se comprometían a aportar durante 9 años una cantidad fija para el sostenimiento de los gastos militares³¹.

Durante los siguientes meses los dos bandos reorganizaron sus fuerzas³², pero llegada la primavera de nuevo los franceses se anticiparon y golpearon conquistando las ciudades de Calais, Guines y Thionville, amenazando con ello atacar Bruselas desde la costa y por el suroeste. Manuel Filiberto decidió mantenerse en el sur para prevenir cualquier agresión de un ejército francés a las órdenes del duque de Guisa y dejó en manos del conde Lamoral de Egmont la amenaza del ejército francés del mariscal de Thermes que avanzaba por la costa: el 13 de julio, entre la llanura de Gravelinas³³ y el mar, el ejército de Egmont –12.500 infantes y 3.200 jinetes– derrotaba

³⁰ PARKER, Geoffrey: op.cit., p.147.

³¹ En 1558 el ejército hispano de Flandes (30.000 infantes y 6.500 jinetes) tenía un coste de 200.000 escudos al mes; el coste de la artillería, de todos los mandos, oficiales, vitualles y munición de todo el ejército, era de 60.000 escudos al mes. ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl: op. cit., p. 29.

³² Respecto de la jefatura del ejército, el duque de Saboya era el comandante general; el conde de Aremberg, maestre de campo general; monsieur de Berlaymont, comisario general; Alonso de Navarrete, maestre de campo de un tercio español; Alonso de Cáceres, maestre de campo de un tercio español; el conde de Meghen, coronel de infantería valona; el conde de Egmont, general de caballería; Ottavio Curciano, comisario general de la caballería ligera; Lope de Acuña, teniente general de caballería ligera; monsieur de Noirquermes, coronel de caballería de las Bandas de Flandes; el duque de Brunswick-Luneburgo, coronel de caballería alemana; el conde de Balançon, coronel de caballería alemana; el conde de Horn, coronel de caballería de Cleves; monsieur de Glajon, general de la artillería; monsieur de la Cressonnière, teniente general de la artillería.

³³ Para un mayor conocimiento de estas operaciones: ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl: op.cit.

estrepitosamente a los franceses –de un ejército de 10.000 infantes y 2.000 jinetes los franceses tuvieron 7.500 muertos y 3.000 prisioneros–, permitiendo así a Manuel Filiberto recuperar la iniciativa. Sin embargo la falta de dinero se reveló de nuevo como un lastre inmenso: no solo no se podían reclutar nuevas fuerzas sino que a duras penas pagar los 17.000 soldados que disponía el príncipe saboyano, por lo que no se pudo lanzar ninguna ofensiva en profundidad.

Los dos contendientes iniciaron el otoño de 1558 con marchas y contramarchas sin que se produjese ningún enfrentamiento de importancia. Las dos partes estaban agotadas y de manera casi informal a principios de octubre en la abadía de Cercamp se iniciaron negociaciones para lograr una tregua duradera; sin embargo, por razones de prestigio algunos sectores políticos españoles y franceses mantenían ciertas reticencias a la paz, por lo que las negociaciones se sucedían a un ritmo muy lento; el advenimiento al trono de Isabel I tras la muerte de María Tudor y ciertas rivalidades y tensiones religiosas en Francia propiciaron un cambio en el ánimo de las partes y finalmente el 3 de abril de 1559 se firmaba la paz en la localidad de Cateau-Cambrésis: con ella se ponía fin al largo conflicto entre Francia y España, que se erigía como potencia vencedora.

2.- LA OBRA Y LA CAMPAÑA

El texto que servirá de base para el presente estudio es *I Diari delle Campagne de Fiandra*, texto que recoge el diario personal y cartas manuscritas del duque Manuel Filiberto, durante el período 1554-1558. La edición del libro es obra de la historiadora Elvira Brunelli en 1928 por encargo de la Società Storica Subalpina de Turín.

Respecto del contenido del *Diari* el texto se corresponde a la plasmación de los pensamientos e inquietudes del duque de Saboya en relación a sus obligaciones políticas y militares; el lenguaje es directo y sencillo, evidencia de una elaboración para “consumo propio”; de hecho hay abundantes anotaciones en los márgenes, fruto de la propia dinámica del *Diari*: un recuerdo, una noticia de última hora, un recordatorio, etc. que incluso a veces no guarda relación directa con el texto principal, pero que plasman que el duque utilizaba el *Diari* como un cuaderno de trabajo ordinario, una herramienta básica de su planificación, pero también lugar donde reflejar sus reflexiones personales acerca de los acontecimientos que estaba viviendo.

El *Diari* no es una relación exhaustiva de los acontecimientos vividos por el duque en sus campañas en Flandes; el texto presenta lagunas crono-

lógicas importantes: así, tenemos una relación casi continua del verano de 1554 (narración que va del 25 de julio a 2 de septiembre de 1554); de 1555 tan solo conservamos escritos del 6 de octubre a 4 de noviembre; de 1557 aparecen escritos sueltos de febrero y julio; para 1558 conservamos datos del 20 de junio a 31 de diciembre; de 1559, los datos son fragmentarios, correspondientes a diversos días de meses de enero a diciembre.

3.- *LOS PROBLEMAS DE LA CAMPAÑA*

Si atendemos al objeto del presente estudio, los problemas financieros y de disciplina de las campañas de 1554-1558, los elementos de análisis se centran en los siguientes puntos: acerca de las finanzas se observa que las principales inquietudes del general saboyano son las pagas de sus soldados y la forma de obtener el dinero para pagarles; en cuanto a la disciplina, los problemas principales son los motines de las tropas y sus actos de violencia (contra otras unidades de diferente nacionalidad, contra la hacienda del ejército o contra la población civil). Estos 4 elementos sirven de base para la lectura y estudio del *Diari* como hilo conductor de la problemática que existió a lo largo del conflicto hispano-francés en las tierras de Flandes y como Manuel Filiberto lidió con aquellos para poder resolver

3.1.- *Problemas financieros*

3.1.1.- **Coste de las tropas y su financiación**

La movilización de un gran ejército para las campañas de 1554 y especialmente en 1557-58, puso a prueba la capacidad económica de la Monarquía Católica: no solo hay que tener en cuenta la enorme cantidad de dinero para pagar a las tropas si no también los recursos de todo tipo (alimentarios, sanitarios, de suministros, de acondicionamiento) necesarios para mantener aquella maquinaria militar. Sin duda la cuestión principal era la manutención de hombres y animales de tan ingente ejército; buena parte de las provisiones se conseguían viviendo a costa de la población francesa –de ahí la intención de Manuel Filiberto de llevar la guerra a territorio enemigo–; pero siempre se hacía necesario, en mayor o menor medida, el disponer de recursos procedentes de territorio amigo (municiones, comida, agua y vino, etc.).

Pero sin duda lo que era más sensible a los ojos de las tropas –por encima incluso del hambre y las privaciones de las comidades durante la

campana— era el tema de la paga. Aunque a nivel personal las motivaciones para enrolarse en el ejército pudieran ser tan diversas como infinitos los hombres alistados, lo cierto es que el factor de la paga aparecería entre las primeras opciones para entrar en la vida de soldado.

En el caso de los soldados españoles de los tiempos modernos la regulación de la paga fue acometida ya en tiempos de los Reyes Católicos, si bien será en época del emperador Carlos V cuando, ligada a la institucionalización de las unidades en Tercios, los sueldos de las tropas estarán más regulados y controlados. En 1536 se establecían los siguientes sueldos para los diversos empleos de la infantería española³⁴: maestre de campo: 40 escudos; capitán: 25 escudos; sargento mayor: 20 escudos.

Y alrededor de 25 años más tarde los sueldos eran los siguientes³⁵: maestre de campo: 80 ducados; alabardero de la guardia personal del maestre de campo: 4 ducados; capitán: 40 ducados; tambores y pífanos: 3 ducados; piqueros: 3 ducados; arcabuceros: 4 ducados.

A los referidos sueldos bases se podían añadir “ventajas” (gratificaciones pecuniarias por años de servicio, acciones heroicas, etc.) a diferentes empleos: alférez: hasta 12 ducados; sargento: hasta 5 ducados; cabo: hasta 3 ducados; mosquetero: hasta 3 ducados; arcabucero: hasta 1 ducado; coseletes: hasta 1 ducado.

Todos los tratadistas de los siglos XVI y XVII coincidían en destacar el papel predominante que jugaba el dinero en cualquier empresa bélica³⁶ y en consecuencia la necesidad de tener prevista y cubierta de antemano la financiación de las operaciones. Bien diferente era la realidad de los estados, incapaces de mantener líquidos y prestos todos los fondos necesarios para pagar a tropas y proveedores. España —y en este caso también Flandes— pre-

³⁴ QUATREFAGES: op.cit., p. 393. MARTÍNEZ RUIZ: op.cit., p. 222.

³⁵ ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavia a Rocroi: los tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Balkan, Madrid, 1999, p.78. Para conocer con detalle el presupuesto del coste de un ejército de 19.000 soldados (5.000 españoles, 4.000 italianos y 6.000 alemanes), alrededor de 1590, ver MOREL FATIO: op.cit., pp. 218-221. Parker en su *El ejército de Flandes y el Camino Español* —Apéndice B, pág. 319— aporta cifras algo diferentes para las pagas de los soldados alemanes. Para conocer en mejor detalle las retribuciones de los soldados valones: GUILLAUME, Henri-Louis-Gustave, barón de: *Histoire de l'infanterie wallonne sous la maison d'Espagne*. Volumen 42, Número 5 de Mémoires de l'Académie Royale des Sciences, des Lettres et des Beaux-Arts de Belgique. Bruselas, 1878, pp. 9-12; sobre los sueldos de los mercenarios alemanes: *Artículos de lo que han de guardar, jurar y observar la infantería alemana que ha de servir a su majestad*. Documentos Inéditos para la Historia de España (CODOIN). Tomo LXXV. Academia de la Historia. Miguel Ginesta, Madrid, 1880, pp. 68-82; MILLER, Douglas: *The Landsknechts*. Serie Men-at-Arms, núm. 58. Osprey Publishing, 1976; RICHARDS, John: *Landsknecht Soldier (1486-1560)*. Serie Warrior, núm. 49. Osprey Publishing, 2002.

³⁶ GONZÁLEZ CASTRILLO: op.cit., p. 195.

sentaban una fiscalidad muy limitada en cuanto a disponibilidad de fondos líquidos para la Corona y aunque el recurso al crédito estuvo siempre presente –y ciertamente las formas de financiación privada fueron muy innovadoras–, en gran medida Carlos V y Felipe II estaban a expensas del dinero que los representantes institucionales de sus territorios –léase Cortes o Estados Generales– tuvieran a bien proporcionarles a cambio de ratificación o nuevas prebendas y privilegios.

Así pues el principal problema de las autoridades era encontrar los recursos necesarios para el mantenimiento de la maquinaria militar. Especialmente delicada era la situación para Carlos V, cuyo concepto político de monarquía universal le obligaba a atender una amplitud de frentes casi incompatible con sus disponibilidades financieras: si Francia combatía en 2 frentes (Flandes e Italia) el Emperador debía también atender sus compromisos en Hungría contra el Turco, en el Mediterráneo contra las incursiones berberiscas y turcas, y también las expediciones a las Indias. Por ejemplo, para 1555 las necesidades financieras de Flandes ascendían a 500.000 ducados de manera urgente, pero en Italia se necesitaban 600.000 ducados...

Así por ejemplo, teniendo en cuenta que en 1555 apenas se registran combates de relevancia, el coste de las tropas que aún están enganchadas en las banderas hispanas se hace crítico, al no poder recurrir al saqueo del enemigo. El 25 de julio de 1555 Manuel Filiberto recibía 300.000 escudos de prestamistas “in extremis” para pagar a las tropas, por bien que el montante total que se debía al ejército estaba calculado en 3 millones de florines y las previsiones más realistas auguraban que la ayuda de las provincias flamencas tan solo sería de 800.000 florines, en el supuesto que finalmente se alcanzase el acuerdo para sufragar parcialmente aquellos gastos militares.

Al cabo de unos días Manuel Filiberto recibió noticia que los soldados del conde Nicolás van der Vesten andaban inquietos por culpa de las pagas atrasadas; en sus cartas el conde informaba que el problema podía ir a mucho peor por lo que el príncipe saboyano no podía esperar a que los Estados Generales aceptasen nuevas compensaciones, por lo que el general movilizó a sus agentes para que solicitasen dinero al importante banquero flamenco Gaspar Schetz³⁷ (“Esqueze” en las fuentes españolas); el banquero

³⁷ Gaspar Schetz (1513-1580) era el primogénito del banquero Erasmus Schetz. La familia Schetz provenía de Esmacalda (Hesse) pero a mediados del siglo XV una rama se estableció en Maastricht y de allí, a principios del XVI, a Amberes. Erasmus adquirió relevancia sobre los otros banqueros de Amberes al ser de los primeros en financiar expediciones en búsqueda de metales preciosos y azúcar del Brasil, a la par que adquiría tierras y títulos por todos los Países Bajos (compró la importante señoría de Grobbendonk en 1545). Su hijo Gaspar se casó en segundas nupcias en 1549 con Catharina d’Ursel –pariente lejana suya, puesto que la familia de los Ursel descendían del tronco común alemán de los Schetzenbergh; Catalina era

concedió un préstamo de 50.000 florines para salir del paso: 12.000 serían para pagar 2 meses de soldada a los hombres de van der Vesten; 14.000 a repartir entre el resto de tropas para prevenir posibles disturbios y 24.000 florines para la adquisición de aprovisionamientos y material para las obras de fortificación de las plazas fronterizas: aprovechando precisamente la falta de actividad militar de envergadura Manuel Filiberto buscaba acometer un ambicioso –aunque limitado en la práctica– programa de mejora de las defensas de la frontera franco-flamenca: el sistema defensivo de aquella zona de los Países Bajos aún se basaba en gran medida en fortalezas de trazado antiguo y se hacía necesario adaptarlas al revolucionario sistema de la traza italiana, pero aquello implicaba un coste enorme –otro quebradero de cabeza financiero a sumar–; a modo de ejemplo, el duque de Aerschot solicitaba dinero para financiar la fortificación y artillería de la plaza de Avesnes, cuyo montante ascendía a más de 120.000 florines –que serían finalmente efectivos el día 8 de octubre de 1555–.

Pero todo aquello no era más que una gota que saciaba momentáneamente la sed del ejército: en su *Diari*, Manuel Filiberto anotaba el 15 de octubre que las deudas del ejército ascendían ya a 5 millones de florines, más de 2 millones de florines más que lo supuesto en julio... El príncipe sabauo ya estaba suficientemente afectado por la noticia y no se vio con ánimos de razonar con sus consejeros la mejor manera de encontrar los recursos necesarios; su conclusión era indicativa de su estado de ánimo: “Ruego a Dios que se halle la forma”. Al cabo de un par de días Manuel Filiberto se reunió en Bruselas con la regente María de Hungría y le expuso la situación; el 28 de octubre la reina se reúne con las principales autoridades de los Estados y les anuncia que el montante de la deuda asciende a “seis o siete” millones de florines, tanto a banqueros, particulares y soldados, y les solicita ayuda económica para hacer frente a la amenaza de colapso; pero no hubo una respuesta afirmativa desde el bando institucional flamenco, y la regente y Manuel Filiberto subsisten gracias a préstamos negociados de manera urgente, a tipos altos, que van tapando agujeros que cada vez son más y mayores.

hija de Lancelot van Ursel, burgomaestre de Amberes–; en total tuvieron 21 hijos, de los que solo 8 llegaron a la edad adulta. Gaspar sucedió a su padre a la cabeza de los negocios familiares y en 1560 fue nombrado Tesorero general de los Países Bajos, alcanzando la cúspide del poder financiero del país con este reconocimiento por parte de la monarquía. Gaspar también continuó la política de su padre de acaparación de títulos y tierras nobiliarias (baronía de Wezemaal, señorías de Heyst y Hingene). Bibliografía: BALDOUIN D'URSEL, conde de: *Les Schetz: I La maison de Grobbendonk - II La maison d'Ursel*. Association royale Office généalogique et héraldique de Belgique, Bruselas, 2004; HIPPOLYTE D'URSEL, conde de: *Notes et documents concernant la famille d'Ursel*. A. Corné, Bruselas, 1916; MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 95.

Pasan así los meses de otoño e invierno sin que se resuelva el tema financiero. Y sin dinero no hay guerra, o al menos, posibilidades de vencer. Por ello tanto Carlos como Felipe mueven la maquinaria diplomática para encontrar algún tipo de salida negociada al encallamiento institucional entre los Estados generales y la Monarquía, con miras a la obtención de más recursos financieros de las provincias. Pero la realidad era más sombría que los planes del rey Felipe: las fuentes financieras privadas eran cada vez menos pero más gravosas y tanto Flandes como Italia y Castilla estaban agotadas –bien al igual que Francia, y de hecho una de las razones por las que aquel 1555 apenas registró actividad militar–; por todo ello, tal y como afirma Parker, “en febrero de 1556, al carecer de dinero suficiente para continuar con la lucha, Carlos y Felipe se tragaron su orgullo y firmaron la Tregua de Vaucelles con Enrique II de Francia.”³⁸

Tras alcanzar la paz en 1556 los quebraderos de cabeza de Manuel Filiberto como gobernador general de los Países Bajos no concluyeron; si los combates habían cesado, las tropas y las deudas seguían creciendo y Manuel Filiberto también tenía que lidiar, ahora como gobernador-político, frente a las oligarquías nobiliarias y burguesas flamencas; en el plano militar, no solo debía garantizar la seguridad de las Provincias sino también encontrar los recursos financieros necesarios para tal fin: era una misión de Titanes, puesto que las deudas de guerra del trienio 1552-54³⁹ ascendían a más de seis millones de florines, cifra que Felipe II debía tanto a los particulares como a las tropas⁴⁰. Es por ello que durante los siguientes meses se iniciaron conversaciones con todas las provincias de los Estados Bajos para lograr que otorgaran subsidios al rey que le permitieran devolver los préstamos; pero los meses avanzaban y no se llegaba a ningún acuerdo, por lo que ante lo acuciante del momento, Felipe II autorizó a su gobernador a vender tierras reales a los señores flamencos por importe de 800.000 escudos, que era el importe necesario para afrontar los gastos más perentorios del ejército⁴¹; simultáneamente el monarca envió a su hombre de confianza, el portugués Rui Gomes da Silva⁴² a España, con grandes poderes para negociar financia-

³⁸ PARKER, Geoffrey: op.cit., p. 137.

³⁹ Cuando en 1556 Felipe accedió al trono tras la renuncia de su padre, sus finanzas acumulaban una deuda de 36 millones de ducados en el conjunto de todos sus estados como consecuencia de los enormes gastos incurridos en la financiación de la guerra en Flandes e Italia; peor aún, todos los ingresos de la Hacienda castellana estaban comprometidos.

⁴⁰ *Diari*, p. 20.

⁴¹ MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 100.

⁴² El portugués Rui Gomes da Silva era amigo de la infancia de Felipe II; diez años mayor que él, había sido su paje tras la muerte de la Emperatriz y madre de Felipe, Isabel de Portugal. Por su gran ascendencia sobre el rey Felipe se le llamaba maliciosamente “*Rey Gómez*”; frecuentemente Gomes da Silva tenía opiniones diferentes a las de Fernando Álvarez de Toledo,

ción y la recluta de soldados⁴³. Cuando los Estados finalmente se avinieron parcialmente a las pretensiones reales tan solo pagaron 800.000 florines, sin dar más recursos al soberano para encarar con garantías la ruptura de nuevas hostilidades con Francia para la siguiente primavera.

Todas aquellas negociaciones en las más altas esferas, los juegos de poder y contrapoder entre la monarquía y los gobiernos provinciales quedaban alejados y extraños para los soldados que estaban a punto de entrar en combate y a los que se exigía, sin contraprestación, que arriesgaran su vida mientras los que se quedaban en la retaguardia les escamoteaban los recursos. Manuel Filiberto estaba desesperado: para evitar el malestar entre las tropas a principios de febrero de 1557 se había reunido con los altos oficiales de su ejército y se había comprometido al pago de las soldadas; pero el 14 de febrero, ante las malas noticias de las negociaciones en la Corte, escribe en su Diario que tendrá que mantener el secreto de la falta de dinero otros 2 días hasta que consiga que las tropas se desplacen hacia la frontera para preparar la invasión de tierras francesas.

Esta situación de penuria financiera en Flandes hacía recaer el peso de la financiación sobre Castilla y las remesas de oro americanos. El peso de la carga financiera llegó a tal extremo –el 40% del importe de los préstamos nuevos era para pagar los intereses de operaciones anteriores– que el 17 de abril de 1557 Felipe sancionó un decreto de suspensión financiera, el primero en la historia española, convirtiendo por la fuerza el capital y los intereses de todos los asientos a corto plazo pendientes, cuyo pago estaba asignado a los ingresos procedentes de Castilla, a juros marcados a un interés fijo del 7,14%; en una hábil y maquiavélica jugada se había retrasado la publicación del decreto de suspensión hasta junio y tanto Felipe en Flandes como la princesa Juana en Castilla realizaron aún operaciones financieras, temiendo lógicamente que el conocimiento del decreto espantaría a los nuevos prestamistas⁴⁴.

Cuando en la primavera de 1557 rompieron de nuevo las hostilidades Manuel Filiberto ya llevaba meses haciendo cábalas sobre cómo conseguir los recursos necesarios para mantener la guerra; aunque se habían obtenido

III duque de Alba, por lo que en la corte se erigieron dos facciones, el partido ebolista y el partido albista. Ver BOYDEN, James M.: *The Courtier and the King: Ruy Gómez de Silva, Phillip II, and the Court of Spain*. University of California Press, Berkeley, 1995; FERNÁNDEZ CONTI, Santiago y MARTÍNEZ MILLÁN, José (Dirs.): *La monarquía de Felipe II: La Casa del Rey*. Fundación Mapfre-Tavera, Madrid, 2005; PARKER, Geoffrey: *Felipe II. La biografía definitiva*. Editorial Planeta, Barcelona, 2010; ROCAFORT, Guillermo: *El Príncipe de Éboli. Ruy Gómez de Silva*. Aurea Editores, Barcelona, 2007.

⁴³ CODOIN: op.cit., tomo 3, p. 487. Gomez de Silva regresaría a Flandes a finales de septiembre de 1557 con 3.000 infantes y los fondos necesarios para pagar a las tropas un par de meses. CODOIN: op.cit., tomo 3, p. 535.

⁴⁴ PARKER, Geoffrey: op.cit., p. 147.

fondos de los Estados aún éstos se hacían de rogar para la entrega efectiva de las sumas adeudadas de campañas anteriores; por si fuera poco tampoco querían escuchar las peticiones reales de más ayudas para sufragar holgadamente la campaña de 1557: a pesar que tradicionalmente los flamencos habían sido comprensivos con las necesidades financieras de sus señores borgoñones —si bien ciertamente escatimando las pretensiones a la baja—, las guerras expansivas de Carlos el Temerario (1433-1477) habían soliviantado los ánimos de los burgueses flamencos: a partir de entonces las aportaciones provinciales se habían concedido más rácanamente con la excusa que aquellas guerras no eran defensivas de las Provincias. Con la política imperialista de Carlos V en Europa los Estados aún se volvieron mucho más renuentes a sus aportaciones, que se hacían casi con cuentagotas y a cambio precisamente de abortar reformas fiscales que garantizaran más recursos a la monarquía. Además, el protocapitalismo financiero de ciudades como Amberes o Brujas empujaba a sus representantes provinciales a resistir cualquier petición fiscalista real: ¿por qué sufragar a costa de impuestos aquello que ellos podían prestar al soberano a cambio de un buen interés? Si Carlos V había confiado en que sus paisanos le entregasen su dinero para contribuir a su victoria sobre Francia, estaba equivocado; las familias banqueras de los Estados Bajos no iban a ser menos que los Fugger alemanes, o los Centurion y Spinola genoveses.

Dado que por la vía institucional las Provincias flamencas no estaban dispuestas a elevar más los impuestos ni a conceder más ayudas al soberano, tan solo quedaba el recurso al préstamo privado: el 25 de marzo de 1557 Jean de Hennin-Lietard, conde de Boissu, y el todopoderoso y fiel Antonio Perrenot de Granvela, vizconde de Arrás, formalizaron unos empréstitos por 84.000 florines con unos banqueros de Amberes, que serían destinados a pagar a los 2.500 españoles del tercio de Navarrete (28.000 escudos), a los 2.000 alemanes del regimiento de Salitre (9.000 escudos) y a los 1.000 valones⁴⁵ de las compañías de Casaletes (5.000 escudos); del montante anterior 42.000 florines irían a saldar las deudas que la Corona tenía pendientes con el propio Schetz

⁴⁵ Respecto del coste mensual de las distintas nacionalidades del ejército hispano en Flandes sirvan los siguientes ejemplos de tropas de caballería y de infantería del año 1558: 1 corneta —en la caballería, equivalente a una compañía; a veces también se emplea el término de “banderas” como sinónimo, aunque “banderas” también podía referirse a compañías de infantería— de 300 “reitres”: 5.068 florines; 1 regimiento de caballería de 6 cornetas, con un total de 2.000 “reitres”: 15.000 escudos; 1 compañía de caballería de Lanzas españolas, de 50 hombres: 780 escudos; 1 compañía de arcabuceros a caballo, de 100 hombres: 780 escudos; 1 compañía de caballería de Ordenanzas de Flandes, de 50 hombres: 2.651 florines; 1 compañía de infantería de alemanes “altos”, de 300 soldados: 7.618 florines; 1 regimiento de alemanes “altos” de 10 compañías, de 300 soldados cada una: 23.084 florines; 1 regimiento de valones de 10 compañías, de 200 soldados cada una: 5.296 escudos; 1 tercio español de 15 compañías, de 200 soldados cada una: 10.920 escudos. ESTEBAN RIBAS, Alberto Raúl: op.cit., p. 29.

como banquero; es por ello que este se comprometía a adelantar 13.000 escudos de su bolsillo para pagar inmediatamente a los españoles de Navarrete a la espera que llegasen todos los fondos de los banqueros de Amberes.

El 26 de marzo Manuel Filiberto anota en su Diario que ha dado órdenes de hacer las cuentas de todo el dinero que se debe a las tropas: como avance del informe conoce que, tan solo del coste de la artillería, se deben ya 6.000 florines por mes. Es por ello que el duque escribe a la corte para que se le remita el estado de los recursos de la Hacienda real para así saber de cuánto puede gastar de manera inmediata para pagar las soldadas; consciente de que las noticias que recibirá no serán demasiado halagüeñas, Manuel Filiberto escribe ese mismo día a sus secretarios en Bruselas para que se intenten aplazar los cercanos vencimientos de los préstamos de los banqueros de Amberes a los que se pidió prestado urgentemente para, a su vez, poder devolver préstamos a la casa de los Fugger; no sería esta ni la primera ni la última vez que se tuvo que recurrir a una nefasta rueda financiera: para poder devolver préstamos a los Fugger alemanes, Centurion genoveses o Schetz de Amberes, Manuel Filiberto solicita préstamos urgentemente a banqueros flamencos para que se puedan saldar las anteriores deudas; así el 28 de marzo ordena el pago de 42.000 florines a favor de Gaspar Schetz gracias a nuevos préstamos firmados con financieros de Amberes.

Y aunque las penurias de las arcas públicas son enormes la maquinaria bélica necesita savia nueva así que Manuel Filiberto escribe el 28 de marzo que necesita más tropas para la defensa del país y se congratula que ha logrado que sus agentes recluten un par de centenares de soldados suizos. Ese mismo día y con el poco dinero que existe en la caja del ejército, el príncipe sabauda ordena que se paguen 2.000 florines al duque Heinrich V de Brunswick-Luneburgo por los servicios realizados por sus tropas mercenarias en la construcción y mejora de las defensas de 30 plazas de la frontera y por el servicio de sus caballos de posta usados en las comunicaciones del ejército.

El 1 de abril el príncipe se alegra de la noticia que se han conseguido 30.000 florines de diversos banqueros de la provincia de Flandes: se destinan 10.000 florines para pagar a los hombres de Charles de Brimeau, conde de Meghen, el barón Charles de Berlaymont y Ernst de Mansfeld y los otros 20.000 florines son para las guarniciones de la provincia de Henao. Se pone de manifiesto así como Manuel Filiberto realiza auténticos ejercicios malabares para poder pagar a todas las tropas y evitar el descontento y desactivar cualquier sombra de motín: es consciente que no hay dinero para todo el ejército, por lo que debe ir alternando los pagos a uno u otro regimiento para intentar disminuir el retraso de la soldada en una continua “rueda” para que el dinero alcance a todos.

Cuando a principios de abril Manuel Filiberto es alertado que los franceses están reclutando en Alemania tropas para la campaña de verano de 1557, el general sabauo ordena a los capitanes alemanes Oskar de Linghen, el duque Heinrich V de Brunswick-Luneburgo y su primo Ernst de Brunswick que recluten cada uno una fuerza de 300 jinetes y 600 arcabuceros; también envía al caballero Manuel de Luna a Italia para reclutar allí más tropas, pero éste le advierte que “sin dinero no hay soldados”. Una obviedad porque Manuel Filiberto conoce de sobras el problema; en prueba de ello, cuando por aquellas fechas el general sabauo solicita a Carlos V que mueva los hilos de sus agentes en el Imperio para lograr reclutar más alemanes para la caballería e infantería –teniendo en cuenta que necesita aquellas tropas, a lo sumo, para los últimos días de junio–, le advierte asimismo que se avecinará un gran problema “al faltar la paga en llegando el día de la muestra”⁴⁶; Manuel Filiberto sabía que con todo aquello aún estaba haciendo más grande la mole de la asfixia financiera pero no podía hacer nada por evitarlo salvo seguir reclutando más tropas para lograr la victoria y pagar al ejército entonces.

A pesar de las tensiones económicas Manuel Filiberto pudo tener finalmente un gran ejército de 55.000 hombres para lanzar su gran ofensiva, que concluiría brillantemente con la derrota de las fuerzas francesas en la batalla de San Quintín y la captura de esta ciudad. Tras la exitosa campaña del verano Manuel Filiberto solicitó informes sobre las cuentas del ejército: “que se vean más clara las cuentas de Esquece y se me dé cuenta más particular”, anota el 22 de octubre de 1557; un par de días más tarde recibe un primer informe en el que se le comunica que ascienden a más de 5 millones de florines. Pero a pesar de un previsible colapso financiero y del temor que las tropas se amotinassen, el general saboyano aconsejó al rey no licenciar a las tropas, como hasta aquel momento era habitual al llegar el invierno: la razón de ello era que los franceses, tras San Quintín, habían movilizado un gran ejército de reserva y se temía que se lanzasen de nuevo a la ofensiva. Ante esta nueva tesitura los consejeros hispanos se reunieron para conferenciar con el rey y Manuel Filiberto sobre qué hacer: el general

⁴⁶ El término “muestra” es un germanismo que proviene del término *musterung*, que era el acto de revista e inspección que se hacía al finalizar el proceso de recluta y entrenamiento de los regimientos de lansquenets –y que también pasó al inglés (*muster*) y al francés (*parade*)–. En castellano antiguo se utilizaba el término “alarde” y durante mucho tiempo ambos términos se usaron como equivalentes. Según Almirante la palabra alarde proviene del árabe *al ardh*, que significa revista o inspección, y que era un acto en el cual todo el ejército formaba para tomar cuenta de todos los soldados presentes y pagarles; habitualmente este proceso se efectuaba en el punto de reunión del ejército –antes de iniciar la campaña– y tras una batalla –para hacer el recuento de bajas–. ALMIRANTE y TORROELLA, José: *Diccionario militar, etimológico, histórico y tecnológico*. Depósito de la Guerra, Madrid, 1869.

sabaudo planteó que la única opción viable era solicitar de nuevo la ayuda a las Provincias, puesto que de lo contrario no tendría más remedio que “tomar la plata de las iglesias.”⁴⁷ Aquello supuso sin duda un gran impacto, puesto que la permanencia en filas de las tropas era necesaria ante una eventual invasión francesa, pero no era menos cierto que se nadie se esperaba la cruda realidad de una caja tan vacía de recursos. Para poder conciliar las necesidades estratégicas de la defensa con las justas demandas de las tropas finalmente se decidió que infantes y jinetes se acuartelasen en el territorio capturado de la provincia francesa de Picardía –parcialmente mantenidos con cargo al ejército pero sobretodo viviendo a costa de las desgraciadas poblaciones vecinas– y comunicarles que en breve se les pagaría; Manuel Filiberto les propuso el siguiente plan de pagos: la caballería recibiría 4 pagas en el plazo máximo de 6 meses y la infantería recibiría 6 pagas en los siguientes 8 meses⁴⁸; con ello se esperaba ganar tiempo y lograr retener a los soldados. Aquella solución resultó un éxito y las tropas mercenarias prefirieron continuar en tierra francesa antes que regresar a sus hogares y volverse a presentar en primavera para la nueva campaña de 1558. El adelanto –mísero ciertamente, pero al menos era dinero– de una parte de las soldadas permitió que las tropas aguantasen las privaciones del invierno y se encarase así 1558 con buenas perspectivas. De hecho tan solo se registran incidentes a finales de enero del nuevo año cuando los mercenarios alemanes se empezaron a inquietar porque pasaban las semanas y no se había recibido aún ninguna noticia sobre el reparto del dinero; Manuel Filiberto tuvo que ir en persona a los campamentos para informar que en breve llegarían los ansiados escudos y que en el mes de marzo, a más tardar, se arreglarían todas las cuentas.

Y es que para preparar la siguiente campaña, que ya todos en el bando hispano auguraban como definitiva, Felipe II confiaba en la llegada de importantes refuerzos: el caballero Pedro Meléndez navegaba desde España con 800.000 escudos y 2.400 reclutas españoles a las órdenes de Diego de Acevedo; estaba previsto que también llegase desde Sevilla una flota de 15 buques con otros 1.500 bisoños españoles⁴⁹.

Pero de nuevo los franceses se adelantaron en los movimientos bélicos y la doble acometida francesa en el frente litoral y en el interior obligó al ejército hispano a extender al límite todos sus recursos militares para poder hacerles frente. El 20 de junio de 1558 Manuel Filiberto anotó angustiado en su Diario que había enormes problemas para socorrer con hombres y dinero la plaza de Thionville ante la acometida francesa; en cuanto a las soldadas, faltaba dinero

⁴⁷ *Diari*: p. 184.

⁴⁸ CODOIN: op.cit., tomo 3, p. 537; MESA GALLEGOS, Eduardo de: op.cit., p. 65.

⁴⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luís: op.cit., p. 192.

para pagar a los mercenarios alemanes recién reclutados del regimiento de Lazarus von Schwendi, ni para para que Guillaume de Croÿ, marqués de Renty, y Jean de Croÿ, conde de Rœulx, reclutasen varias compañías de caballería ni tampoco para reclutar un nuevo regimiento de infantería con el que relevar al regimiento alemán de Münchhausen estacionado en Gravelinas –la intención era que estos alemanes fuesen al socorro de Thionville, plaza que finalmente caería en manos francesas el 23 de junio de 1558–. El día 21 de junio Manuel Filiberto anota que ya no hay dinero para pagar a las tropas españolas acantonadas en Namur, a las órdenes de Juan de Mendoza –doble problema, puesto que aquellos soldados eran la élite del ejército–; al día siguiente llega a Namur un recién reclutado regimiento alemán con la misión de relevar a los hombres de Mendoza: tampoco hay los 2.000 escudos que se les adeuda a pesar que en su contrato se estipulaba que al llegar a la ciudad de la muestra serían gratificados con un mes de salario⁵⁰. Y el 4 de julio el regimiento de infantería alemana de Conrad von Pamelberg se amotina por falta de pagas; diez días más tarde se amotinan también reclamando pagas los soldados del regimiento de Klaus von Gustow.

El 6 de julio el rey envía al conde de Egmont para entrevistarse con Manuel Filiberto acerca de la estrategia militar a seguir ante la invasión francesa; el príncipe sabardo se lamenta en su diario que el noble flamenco venga sin dinero para pagar a las tropas, que insistentemente reclaman sus pagas antes de entrar en combate... Al cabo de 3 días recibe una carta de Felipe II en que le informa que pronto le enviará dinero para fortificar Philippeville –fortaleza construida al norte del bosque de las Ardenas en 1554 por el príncipe de Orange, en honor del príncipe Felipe– y Charlemont –en las estribaciones de Givet, sobre el Mosa–; buenas noticias, pero insuficientes para hacer frente a las demandas de la tropa: el 11 de julio anota en su diario que próximamente deberá reunirse con los oficiales de los regimientos alemanes para que acepten un retraso de las pagas adeudadas.

Al cabo de dos días el ejército secundario del conde de Egmont derrota estrepitosamente a las fuerzas del mariscal de Thermes en la batalla de Gravelinas y rompe la iniciativa estratégica de los franceses en el litoral flamenco y sume en un gran desconcierto al ejército francés que opera en el interior.

⁵⁰ Era común que antes de llegar a la ciudad de destino de la muestra los soldados recibían un adelanto de la paga; en el caso de los mercenarios alemanes esta práctica era conocida como el *auffguelt*: era un importe que se entregaba a los alistados para su sustento desde el punto de enganche hasta el del lugar de la muestra, calculado en base a la distancia del inicio hasta la ciudad de destino; esta cantidad estaba estipulada en el contrato-reglamento de las condiciones de servicio de las tropas (*briff* para las tropas de procedencia valona o borgoñona y *vestalig* para las alemanas). En el *Diari* se hace mención, el día 28 de marzo de 1557, que se tienen que pagar 3.000 escudos a Conrad von Pamelberg por el “hofeguelte” de su regimiento hasta su destino en la ciudad de *Volmez* (quizás Maubeuge).

El 16 de julio llegan noticias a Manuel Filiberto que los soldados amotinados de Conrad von Pamelberg se siguen quejando que el rey Felipe II no responde a sus demandas y que siguen exigiendo que se les pague en agosto; ese mismo día llegan nuevas del conde de Egmont que los mercenarios alemanes de Schwendi y Münchhausen se niegan a desplazarse hacia Henao hasta que no se les paguen sus soldadas.

El 23 de julio el rey Felipe II y Manuel Filiberto se reúnen y a parte de comentar los posibles escenarios abiertos tras la derrota francesa de Gravelinas, entre otros temas sale a colación la gran cantidad de dinero que se debe; aunque Manuel Filiberto no anota en su diario ninguna cantidad específica, el duque sí escribe que ha advertido al rey que hay que tener en cuenta la experiencia del invierno pasado y se tendría que tratar con las tropas una nueva quita de pagas y del pago aplazado de alguna de ellas para evitar motines. Dada la enorme dificultad para obtener préstamos de los banqueros, el rey se aferra a la posibilidad de pedir dinero a los Estados y no acepta la propuesta de rebajar pagas –algo que afectaría a la moral de las tropas y al propio prestigio del rey– ni tampoco licenciar parcialmente algunos regimientos.

El duque advierte que hay que prevenir el tema de las soldadas para el invierno y negociar con las tropas, puesto que después algunos contingentes se podrían desmandar y amotinarse en el peor momento posible o en pleno invierno; no se concreta nada y tan solo se fía a la suerte de pedir dinero a los Estados; estas malas noticias se compensan con las buenas: von Pamelberg y von Schwendi han conseguido calmar temporalmente a las tropas, pero falta que el rey les envíe parte del dinero adeudado para poder restaurar orden y confianza de la tropa.

Puesto que las tropas españolas de Namur están ya al borde del colapso el 24 de julio el rey logra reunir y enviar 40.000 escudos para pagarles; el rey ha obtenido préstamos de los banqueros de Amberes por importe de 300.000 escudos y el 25 de julio envía a su secretario Francisco de Eraso, notario mayor de Castilla, a reunirse con Manuel Filiberto para establecer un programa de pagas atrasadas⁵¹; las previsiones que manejan es que la deuda del ejército hasta diciembre de 1558 ascenderá a 2.800.000 escudos; ambos saben que aquel importe no se cubriría con las asignaciones que se

⁵¹ De resultas de ello se estableció que 120.000 escudos servirían para pagar una paga y media de las tropas a las órdenes de Georg Jürgen von Holle estacionadas en Luxemburgo (5 regimientos de infantería y 3 banderas de caballería), 40.000 escudos para la infantería española de Namur, 40.000 para pagar a la caballería alemana, 25.000 para los infantes alemanes de Lazarus von Schwendi; 20.000 a distribuir entre la caballería española y valona del ejército; 7.000 para la infantería valona de Norcames; 6.000 para los valones de Egmont y Manuel Filiberto retendría los restantes 42.000 escudos para distribuir entre los gastos más urgentes que estime oportunos.

espera que traiga una flota que se está reuniendo en España para enviar tropas, suministro y dinero –una remesa cuyo montante asciende a 800.000 escudos–; ante aquel desfase tan grande el rey ordena que todo el dinero que venga del Perú y de Nueva España en la Flota de Indias sea asignado a las necesidades de Flandes, prescindiendo de otros destinos, como la defensa de las costas mediterráneas contra las incursiones francesas, turcas y berberiscas. A finales del mes de julio Manuel Filiberto escriba agónicamente en su *Diari*: “Todos los regimientos reclaman soldadas”.

Ciertamente la situación es crítica: el 15 de agosto Manuel Filiberto envía a su secretario Marzuelo a Bruselas para pedir al rey Felipe II dinero para pagar al menos una soldada del ejército; Marzuelo no lo logra: la Corona no dispone del dinero; al cabo de 3 días el rey Felipe envía a Jean IV de Glymes, marqués de Berghes, para que explique al general saboyano la total ausencia de fondos y que el único camino es pedir la ayuda de los Estados; mientras, para intentar reducir los gastos, será necesario estudiar la posibilidad de reducir el número de tropas del ejército; el rey ha hecho un cálculo de licenciar unos 5.000 soldados y aún así solo quedaría entonces dinero suficiente para pagar 2 meses al resto de tropas... Con todo esperan que la deuda que generará el ejército reducido en invierno será de 2,5 millones de florines. Manuel Filiberto estudia atentamente las propuestas reales, pero duda que sean factibles: el peligro francés es demasiado fuerte como para poder prescindir de parte de las tropas solo para ahorrar y aún así considera que el montante de la deuda resultante será aún mayor, sobrepasando los 3 millones de florines. El día 20 de agosto Manuel Filiberto se entrevista con Felipe II y le solicita que se inicien rápidamente las gestiones para lograr esos 2,5 millones de florines y no tener que esperar a fin de año para conocer la disponibilidad efectiva de fondos.

El día 1 de septiembre se celebra una reunión entre el rey y los principales jefes del ejército; Manuel Filiberto espera tratar con el rey del asunto de los atrasos de las pagas, pero el soberano no incluye este punto en el orden del día de las reuniones de su consejo, sino que se centran en explicar las negociaciones de paz entre el representante hispano Guillermo de Orange con los franceses condestable Montmorency y mariscal Thermes. Este tema centrará la atención del rey y resto de autoridades durante los siguientes meses, dejando a Manuel Filiberto de lado en cuanto a la necesidad de hacer frente al pago de las tropas y de sus exigencias: así el 17 de septiembre el general se reúne con los oficiales de un regimiento alemán que está empezando a alterarse en reclamo de las pagas; Manuel Filiberto promete que bien pronto recibirán sus haberes, pero no es hasta el 11 de octubre que estos dineros

llegan: un convoy con 300.000 escudos llega desde Bruselas pero Manuel Filiberto cree que no será suficiente ni para pagar un mes a las tropas...

El 27 de octubre Manuel Filiberto recibe visita de Eraso que le expone cómo están las arcas reales: los gastos ascienden a 1.057.000 escudos pero tan solo disponen de 890.000, provenientes de las remesas de la flota que ha venido de España y de préstamos de banqueros. Durante los siguientes días se hacen cálculos acerca de si será posible licenciar parte de las tropas, pagarles una parte de la deuda y convencerles para aceptar un aplazamiento, o incluso una quita, del resto. De lo que no hay duda es que los tesoreros y contadores hacen sus cálculos al día, sin poder preveer si en un futuro tendrán ingresos o no; a pesar de los esfuerzos por controlar los gastos se hace difícil saber cuánto se gasta al mes, tan solo hay aproximaciones.

El 29 de octubre Schetz se reúne con Manuel Filiberto y Eraso para hablar de cómo financiar de los pagos más urgentes de la caballería: éstos se calculan en 312.500 florines, pero solo quedan en la caja real 100.000 florines; Schetz se niega a avanzar los 200.000 florines restantes sin tener el compromiso de los Estados a pagar al rey nuevas aportaciones –el banquero sabe bien que la hacienda real está más que vacía y que tan solo una ayuda de las Provincias podría calmar esa carestía y no está dispuesto a otorgar más dinero de su empresa ante el riesgo real de insolvencia–. Al día siguiente el rey ordena a Eraso que convoque a los Estados para lograr su consentimiento para anticipar ese montante, cosa que se logra al cabo de unos días.

Conforme a los planes de Felipe anunciados en agosto, el 30 de octubre Manuel Filiberto redacta la orden de licenciamiento de las tropas para reducir la carga de la deuda: a todos los regimientos mercenarios alemanes de infantería y caballería se les debe más de 2 millones de florines, cifra de la que no hay disponible ni la cuarta parte; el plan del rey es prescindir de 1.000 herreruelos de Ernst de Mansfeld, 1.000 herreruelos de Philippe de Ligne, conde de Aremberg y los 4.000 infantes de las coronelías de alemanes de Klauss von Hastatt, Polleville, Valderton y Norlette; los cálculos de Bruselas inciden en que el coste de las soldadas de la infantería atrasadas ascenderá a 350.000 florines, a los que se tiene que sumar los otros 300.000 de la caballería; la única opción, ante la escasez de fondos, será que negociar una quita de las soldadas.

El día 2 de noviembre Manuel Filiberto se reúne con los jefes de la caballería mercenaria alemana (los *ritesmestres*, en español de la época) para exponerles el deseo del rey de poder pagarles cuanto antes, pero sin hacer “muestra general” –esto es, sin detallar exactamente cuantos soldados hay, y por tanto, pagar a tanto alzado aquellos 100.000 florines, que son los únicos recursos existentes en las arcas reales–, agradeciéndoles los servicios pres-

tados. Los alemanes, gente dura, curtida y escamada de todas las zalamerías y artimañas de los poderosos, agradecen aquellos cumplidos pero reclaman firmemente sus haberes, que calculan en 350.000 florines; ni uno ni otros dan su brazo a torcer, así que el resto del día pasa intentando conciliar las demandas de paga con los fondos existentes, cosa harto difícil; al final del día se llega al colmo de la situación y dos de los comandantes mercenarios más importantes y leales, Lazarus von Schwendi y Hilmar von Münchhausen, prestan dinero a Manuel Filiberto para que este complete la cifra de 350.000 florines para pagar a los jinetes mercenarios. Al día siguiente llega Schetz con 100.000 florines y la caballería alemana se va licenciando durante los siguientes 4 días conforme al programa establecido.

Manuel Filiberto inicia entonces un viaje por el territorio para conocer el estado de ánimo de las tropas y saber de primera mano sus demandas: el 8 de noviembre llega a Lille y piensa que los burgueses de aquella ciudad y los de la cercana de Tournay pueden facilitar 60.000 florines como contribución para el mantenimiento de las tropas; se trata de una contribución forzosa, aunque vestida de “compensación” prestada por las villas en reconocimiento de “los sacrificios realizados por los soldados en la defensa de las Provincias”. Al día siguiente Manuel Filiberto se reúne con las autoridades locales y les conmina al pago; aquel mismo día recibe un convoy de Bruselas con 10.000 florines.

En su siguiente etapa el general sabaudo alcanza Gante, donde se reúne con el conde Horn que le informa que se han solicitado préstamos por valor de 400.000 florines –dinero que será destinado a pagar a los 4.000 infantes alemanes a licenciar–, y que también se ha solicitado ayuda financiera del rico estado de Brabante y que en breve también llegará dinero de España. Aunque aquello consuela parcialmente al general, puesto que sabe que en teoría habría recursos para poder licenciar a las tropas previstas y pagar algo de las soldadas atrasadas al resto del ejército; pero Manuel Filiberto se lamenta de que por aquellas fechas aún no disponga de los recursos necesarios para pagar todos los atrasos y que meses atrás ya avisó al rey Felipe de la necesidad de tener todo el dinero listo antes de finalizar el verano para evitar justamente encontrarse en aquella tesitura.

El 15 de noviembre se reúnen el rey, Manuel Filiberto y Eraso para distribuir el dinero recién llegado de España: acuerdan licenciar 4 regimientos alemanes concentrados en Arras; a medida que se consiga más dinero se podrán licenciar más tropas. Es por ello que el 17 de noviembre Manuel Filiberto se reúne con los Estados Generales y les pide 300.000 florines; las negociaciones se alargan durante los siguientes días, en un tenso tira y afloja donde la Corona exige más y más dinero y los Estados se obcecaban en recor-

tar sus aportaciones y supeditarlas a concesiones de exenciones fiscales. El 6 de diciembre se llega finalmente a un acuerdo: los Estados han acordado una ayuda de 600.000 florines, cantidad enorme pero insuficiente, por lo que se sigue negociando hasta que finalmente, el 14 de diciembre, los Estados presentan su propuesta definitiva: una ayuda de 784.000 florines. El rey acepta, pero sabe que aquello no solventa de pleno el problema: el montante de la deuda con los mercenarios alemanes es de 1.845.000 florines, pero puesto que desde España se informa que no se puede enviar más dinero, el soberano tiene que acceder al chantaje financiero de los Estados generales.

Durante los siguientes meses la paz con Francia permite el licenciamiento del grueso del ejército. El *Diari* no recoge más acontecimientos ni tampoco las preocupaciones de Manuel Filiberto al frente del gobierno de los Países Bajos.

La paz de 1559 permite a Felipe II partir hacia España, tras estar alejado de ella durante casi cinco años. Manuel Filiberto también deseó volver a sus estados, que había recuperado en virtud de los acuerdos de Cateau-Cambresis, por lo que solicitó ser relevado de sus funciones de gobernador general, cargo que el rey ofreció a su hermanastra Margarita de Austria y Parma, que estaría al frente del gobierno de Flandes hasta 1567.

3.1.2.- Suministros y vituallas

Para cada una de las campañas del período 1552-1558 se ubicaron depósitos militares específicos a lo largo del territorio flamenco –por ejemplo, las plazas de armas de Charlemont y Phillipeville– y en las principales plazas capturadas –San Quintín, Rocroi, Hesdin–, pero cierto es que el ejército acostumbraba a vivir de lo que el territorio de acuartelamiento les podía ofrecer; así las tropas destacadas en Namur, Arrás, Lille, Gravelinas, Saint Omer, etc. tuvieron que vivir de los suministros que los burgueses y campesinos de la comarca les podían facilitar o vender.

La comida también era suministrada en muchas ocasiones por comerciantes que seguían al ejército en sus recorridos, si bien en otras ocasiones era la propia intendencia del ejército la que compraba directamente y lo repartía a las tropas, especialmente si en la zona de reunión no había mercado o excedentes de comida; todo ello estaba ligado también con la falta de pagas y con los desmanes y saqueos: si las tropas no disponían de monedas no podían comprar a los mercaderes de la zona y entonces se veían obligados a tomar alimento por la fuerza; la jefatura –ante la falta de dinero– tan solo tenía dos opciones: o bien transportar suministros desde los depósitos o

permitir que las tropas lanzasen por su cuenta expediciones de saqueo de las tierras enemigas circundantes⁵².

El 25 de julio de 1554 el príncipe sabauda anota que ha mantenido una reunión con los responsables de aprovisionamientos para organizar el suministro de los alimentos y el pago a los mercaderes: la organización del ejército se estructuraba en un comisario general, Ponthus de Lalaing, señor de Beugnicourt, y en un segundo nivel unos “comisarios de las vituallas”, a las órdenes del anterior, que se encargaban de la compra y distribución de los aprovisionamientos, y finalmente los prebostes, que eran los encargados últimos de las operaciones de compra y distribución, negociando directamente con los proveedores locales o grandes mayoristas.

De nuevo se pone de manifiesto la preocupación del general sabauda sobre el aprovisionamiento de su ejército cuando decide tomar la localidad de Auxi-le-Château para asegurar la vía de suministro de vituallas desde Béthune, el 29 de agosto de 1554. Y es que los aprovisionamientos eran cruciales en cualquier estrategia de campaña, al igual que la buena ubicación de los campamentos, que debían reunir condiciones óptimas en cuanto a capacidad defensiva como también tener acceso a agua y alimentos. Manuel Filiberto muestra una preocupación importante sobre la adecuación de los campamentos a las necesidades del ejército; tenemos como ejemplo sus anotaciones del día 26 de agosto de 1554 cuando escribe que ha rechazado la ubicación de un campamento en la zona de Pourin-Epinoy por carecer de pastos suficientes para que la caballería pueda forrajear; lo mismo sucede el día 28 del mismo mes cuando rechaza levantar el campamento en la zona de Crécy-en-Ponthieu puesto que allí se había levantado un depósito de alimentos para la campaña y era preferible no utilizarlos aún, por lo que el ejército se movería hasta Fruges, tierra llana y fértil, con buenos pastos y agua. No en vano el 9 de agosto de 1554, en la comarca de Arrás, vigilando los movimientos de los franceses en continuas marchas y contramarchas, escribía Manuel Filiberto que “no se puede caminar sin tomar primero buen alojamiento”, algo que el príncipe se lo tomaba al pie de la letra puesto que en numerosas ocasiones se adelantaba del grueso del ejército con una ligera escolta para reconocer el terreno para la instalación del campamento a una jornada vista. A lo largo de todo el *Diari* el príncipe no escatima detalles acerca de su preocupación por encontrar buenos emplazamientos para su ejército, especialmente vituallas para la tropa y forraje para las caballerías.

Pero también hay que mencionar que otra de las preocupaciones del general era no solo aprovisionar las tropas y plazas fuertes sino también

⁵² *Diari*: p. 164.

fortificarlas y acondicionarlas para aquel nuevo estilo de guerra en que la artillería y los trabajos de asedio –trincheras, zapas, minas y contraminas– estaban revolucionando la poliorcética. Así, entre otros muchos ejemplos, el 4 de noviembre de 1555 Manuel Filiberto escribe que se han destinado 38.000 florines para las obras de fortificación que están llevando a cabo el regimiento de van der Vesten: 14.000 florines para las obras exteriores y 24.000 florines para la adquisición de aprovisionamientos y material del recinto de murallas.

Hubo sin embargo ocasiones en que la administración logística militar no estuvo a la altura de la misión que tenía encomendada, no evitando situaciones de penuria en la distribución de alimento, desatendiendo guarniciones y destacamentos a lo largo de la frontera. Así el 25 de agosto de 1558 se celebra una reunión entre Manuel Filiberto y los altos oficiales alemanes para tratar sobre los tumultos acaecidos entre los alemanes y entre éstos y las otras naciones por el reparto de vituallas en un campamento; tal situación de intranquilidad no remite hasta el día 30, con la llegada de nuevos cargamentos con comida y resto de provisiones.

Estos episodios de falta de vituallas fueron especialmente recurrentes a partir de octubre de 1558; ciertamente durante en el transcurso de las conversaciones de paz de Cercamps y que concluirían con la firma de la paz de Cateau-Cambresis las anotaciones de Manuel Filiberto sobre problemas en los suministros, especialmente el forraje, son más abundantes; la razón de ello nos la da el propio general⁵³: *s'a apuntado suspensión d'armas la qual no sería mala si pudiésemos forajar en Francia*; el hecho que las dos potencias estuviesen entablado negociaciones forzaba a los dos ejércitos a paralizar cualquier acción hostil y mantenerse a la expectativa y ello impedía a los hispanos poder vivir a costa del territorio enemigo como hasta ahora estaban haciendo, por lo que el problema de alimentar a hombres y animales era especialmente importante; durante los siguientes días Manuel Filiberto va recogiendo las quejas de los oficiales de caballería que ven morir sus monturas por falta de alimentos y escribe que tarde o temprano tendrá que decidir si retira al ejército a tierras flamencas para poder alimentarlos –algo nada deseado por las autoridades de las Provincias– o licenciar a las tropas por falta de comida. Finalmente, conforme las negociaciones avanzan a buen ritmo se empieza a consolidar la creencia que el fin de la guerra está cerca y Felipe II –también motivado por los elevados costes de las soldados– ordenó un plan de licenciamiento de tropas, principalmente alemanas, que alivió también las tensiones en las vías logísticas.

⁵³ *Diari*: pp. 96 y ss.

La última mención referida a aprovisionamientos acontece el 1 de marzo de 1559 cuando Manuel Filiberto anota que ha enviado 30.000 florines para las obras de mejora de las murallas de Gravelinas, que a pesar de la paz, seguía siendo la llave de la frontera de Flandes en la costa.

3.2.- *Problemas de disciplina*

Para los políticos y tratadistas militares de la época el orden y el mantenimiento de la disciplina eran cuestiones fundamentales a las que cualquier jefe debía prestar atención. Sin embargo, tal y como afirma González Castrillo en su tesis *El arte militar en la España del siglo XVI*, el concepto de Disciplina militar era usado en los siglos XVI y XVII como sinónimo de Arte militar (*Re militari*, en palabras al estilo de los eruditos griegos y romanos)⁵⁴. Si bien son especialmente prolíficas las décadas de 1580 y 1590 en cuanto a “manuales” para la alta oficialidad, si nos centramos en el período de las guerras Habsburgo-Valois nos hemos de remitir necesariamente a las obras de Diego de Salazar (*Tratado de Re Militari*, de 1536) y Diego Montes (*Instrucción y regimiento de guerra*, de 1537) que trataban extensamente del mantenimiento del orden y de las problemas que podían acarrear la pérdida del respeto, costumbres y disciplina militares. Diego Montes alertaba a los mandos de los peligros de la falta de disciplina entre la tropa, especialmente aquellos provocados por los salarios y los alojamientos en casas de civiles⁵⁵ y Diego de Salazar afirmaba que “los hombres y el hierro y los dineros y el pan son el nervio de la guerra”⁵⁶.

Aunque algunos teóricos⁵⁷ de la guerra abogaban para que los militares se conformasen con sus pagas y renunciasen, a costa de severos castigos, al saqueo, lo cierto es que puesto que tales soldadas no llegaban, las tropas recurrían a los robos y extorsiones para sobrevivir, y en caso de guerra era común el saqueo de las poblaciones: en el libro *Los Tercios españoles* de René Quatrefages se cita que para el año 1574 el retraso de las soldadas había llegado a los 37 meses⁵⁸; no es de extrañar que incluso con muchos menos retrasos en las pagas los soldados se tomasen la justicia por su mano y saqueasen o se amotasen, o ambas cosas a la vez; y es que a pesar de los

⁵⁴ A partir del siglo XVII el término “disciplina militar” reducirá su contenido hasta ceñirse tan solo a cuestiones jurídicas de orden, reglamentos, penas y castigos. GONZÁLEZ CASTRILLO: op.cit., p. 159.

⁵⁵ MONTES, Diego: *Instrucción y regimiento de guerra*. George Coci, Zaragoza, 1537, pág. 3.

⁵⁶ SALAZAR, Diego: *Tratado de Re Militari*. Alcalá de Henares, 1536, pág. 64.

⁵⁷ GONZÁLEZ CASTRILLO, Raúl: op.cit., p. 194.

⁵⁸ QUATREFAGES, René: *Los Tercios españoles (1567-1577)*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1979, pp. 186 y 251.

esfuerzos de las autoridades para lograr que las tropas cobrasen con regularidad, la realidad era muy distinta: mientras los nobles casi siempre disponían de comida, comodidades y monedas para costearse la subsistencia, la tropa padecía estrecheces y difícilmente se podía exigir a alguien más sacrificio y penuria cuando cada día se vivía con peligro de muerte en batalla o enfermedad. Además el soldado que debía alimentarse, vestirse y costearse las armas y municiones con la paga convenida y que en muchos casos tardaba meses en cobrar, difícilmente mantendría la disciplina en los casos en que la paga se retrasase tanto tiempo: afirmaba Diego de Salazar que si faltaba la paga, faltaba el castigo, y si éste desaparecía, entonces también fallaba la obediencia: “es imposible castigar a un soldado que roba si no lo pagais”, concluye⁵⁹.

3.2.1.- Motines

Ya desde el principio de asumir el mando del ejército imperial Manuel Filiberto dictó órdenes severas en materia de disciplinaria, contando con el total apoyo del Emperador, puesto que a mediados de verano de 1553 se le concedieron amplios poderes en cuestiones de disciplina: “la detención, la excarcelación y la gracia están en vuestras manos”.⁶⁰

Específicamente sobre los motines⁶¹ recogidos en el *Diari*, para la campaña de 1554 el príncipe Manuel Filiberto anota que el 28 de julio había tenido conocimiento del malestar que se extendía entre las tropas por el alojamiento —el príncipe utiliza el término “murmuración” para referirse al descontento—; durante los siguientes días este malestar fue en aumento y el día 30 de julio el Emperador se reunió con los oficiales de las tropas para intentar encauzar el asunto. Parece ser que finalmente se logró mejorar el alojamiento de las tropas en un campamento más amplio y con mejores accesos para los servicios de agua y suministros.

La situación de violencia general que se podía provocar si estallaba un motín no solo afectaba a la tropa y a la población civil de los alrededores, también podía afectar a los dirigentes y generales; sirva el ejemplo del propio Manuel Filiberto cuando, a finales de septiembre de 1554, estuvo

⁵⁹ España fue uno de los países que más insistió en el tema de las pagas y de su estricta regulación, a nivel de tercio existía las figuras del veedor, contador, pagador, comisario de revistas, prevoste, auditor y furriel mayor (provisiones y alojamientos) y a nivel de compañía, el furriel.

⁶⁰ MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 86

⁶¹ El tema de los motines en el ejército de Flandes del periodo de la revuelta holandesa se encuentra en el clásico capítulo 8 “Los Motines” de la obra de Parker. PARKER, Geoffrey: op.cit., pp. 188-203.

en riesgo de morir a manos de uno de sus propios oficiales: a mediados de mes el príncipe sabauda había ordenado detener a un soldado alemán, perteneciente a uno de los regimientos de jinetes *Schwarzenritter*⁶², acusado de agredir a un civil: el soldado, violando las órdenes marcadas por Manuel Filiberto de respetar a toda la población civil, había asaltado a un vivandero y se jugaba la pena de pena de muerte en la horca. Dudando de la proporcionalidad de la sanción impuesta a uno de sus hombres, el coronel del regimiento mercenario, el conde de Waldeck, trató que Manuel Filiberto le rebajase la pena; dado que estaba delante de sus hombres el coronel se dirigió al general en jefe con mucha arrogancia y poco respeto, crecido por el apoyo que sentía en sus hombres; Manuel Filiberto no cedió por lo que Waldeck se creció en su insolencia y en el tono de voz, pero el sabauda se negó a continuar con la conversación por lo que el conde lo amenazó acercando la mano a las pistolas; el príncipe saboyano no se amedrentó ni tampoco pidió auxilio: se limitó a sacar su pistola y disparar al conde, que murió al instante.⁶³ Todo el ejército y oficiales tomaron buena nota del valor y la resolución de su joven general. El incidente permite medir el grado de tensión en el ejército imperial y las dificultades que debía arrastrar el comandante en jefe; con todo, la actitud resuelta de Manuel Filiberto contó con la plena aprobación de los observadores, uno de los cuales notaba que después de lo ocurrido “el duque es muy elogiado por todos por haber mantenido la disciplina necesaria en la guerra”. No era esta la primera vez que Manuel Filiberto imponía su autoridad: el 24 de agosto de 1554 había mandado arrestar al noble Ferdinand de Lannoy por insubordinación.

El 29 de octubre de 1555 los soldados valones del conde Nicholas van der Vesten se amotinaron reclamando varios meses de pagas; en un primer momento Manuel Filiberto, creyendo que hay fondos suficientes, envía al

⁶² Los herreruelos eran un tipo de caballería ligera que usaban como principal arma de combate pistolas, de mecha y después de rueda. El término se empezó a usar en la literatura militar española hacia 1545, sustituyendo completamente al término *estradiote* hacia 1560, según Almirante. Los herreruelos eran llamados así por el uso de una capa corta con cuello y sin capilla que solo cubría parte de los hombros, del pecho y la espalda. En el plano militar, este tipo de caballos ligeros usaban como armas ofensivas principales un par de pistolas de pedernal muy pequeños, y como secundarios martillos de puntas agudas y espadas; en cuanto al armamento defensivo portaban una coraza –peto y espaldar– y una celada. Este tipo de caballería parece que encuentra su origen en Alemania, donde toman el nombre común de *reiter* (jinete, españolizado como “raitres” o “riters”) hacia la década de 1540, con la aparición de la pistola de llave de pedernal; por el uso muy frecuente de armaduras tiznadas de carbón se les conocía también como *swartzeiters* (jinetes negros). Su táctica principal de combate era avanzar hacia las líneas enemigas, descargar sus pistolas (rociada) y cargar con la espada o martillo; posteriormente se perfeccionaría el sistema dando lugar a la táctica de la caracola. ALMIRANTE, José: op. cit. p. 699.

⁶³ MERLIN, Pierpaolo: op.cit., p. 86; DUCROS, Jean Pierre: op.cit., p. 23.

príncipe Guillermo de Orange a negociar el pago de 2 meses de salario, pero posteriormente las autoridades se dan cuenta que no hay dinero, por lo que la situación se prolongó durante varios días hasta que las autoridades no satisficieron parte (12.000 escudos) de sus soldadas atrasadas gracias a un préstamo otorgado por Gaspar Schetz. De hecho, esta situación de cierto descontrol entre las diversas autoridades –militares, políticas y de finanzas– motivaron que Manuel Filiberto propusiera al Emperador que hubiese un mayor control y unificación de las responsabilidades financieras del ejército y de las Provincias, en una carta fechada el 31 de octubre de 1555.

No registra el príncipe más anotaciones al respecto hasta el año de 1558, en que se constata el enorme cansancio entre las tropas por tantos años de guerra y de soldadas atrasadas. Así el 24 de junio de 1558 Manuel Filiberto escribe que varios miles de soldados valones se han amotinado, provenientes de las unidades de Charles de Brimeau, conde de Meghen, de Philippe de Montmorency, conde de Horn, y de Philippe de Ligne, conde de Aremburg; al cabo de dos días las tropas de Horn vuelven a la obediencia, pero las de Meghen continúan; no hace mención alguna acerca de las tropas de Aremburg. El 30 de junio el conde de Meghen se acerca hasta el cuartel de los rebeldes para intentar reconducir su situación, que finalmente logra pasados unos días.

El 4 de julio el regimiento de infantería alemana de Conrad von Pamelberg se amotina, reclamando las pagas de varios meses, además de estar cansados por las marchas en territorio francés para oponerse al avance del ejército del duque de Guisa. El 14 el regimiento de Klaus von Gustow se niega a ponerse en marcha si no se les paga los 3 meses de atrasos.

El 16 de julio, tres días después de la victoria de Gravelinas, el conde de Egmont escribe a Manuel Filiberto que los mercenarios alemanes de Schwendi y Münchhausen no quieren iniciar la marcha hacia el sur con el resto del ejército hasta que no se les pague: es significativo el hecho que, tras haber obtenido un cuantioso botín procedente de los saqueos de los franceses, las fuerzas victoriosas de Egmont todavía tienen en mente las pagas adeudadas por las autoridades hispanas, consecuencia del abultado importe que se les debía; ese mismo día, ante la necesidad de disponer de aquellas curtidas tropas, Manuel Filiberto escribe que el rey ya ha enviado dinero para satisfacer parte de las demandas de aquellos alemanes. Pero las tropas de von Pamelberg siguen con el motín: hacen saber al gobernador general que el rey les debe mucho dinero y que desean cobrar en agosto; el 18 de julio Manuel Filiberto recibe cartas del rey en que le dice que ha enviado ya el dinero para pagar las soldadas de su ejército y que confía que las tropas vuelvan a la obediencia; de hecho se destina parte de la remesa recibida para pagar un mes a las tropas de Conrad, que efectivamente cobran al día siguiente.

Los comisarios de Manuel Filiberto le exponen que tras haber repartido entre las tropas algo de dinero confían en que se calmen los ánimos y vuelvan todos a la obediencia. Finalmente el 23 de julio se conoce la noticia que las tropas de von Pamelberg y von Schwendi deponen su motín tras el compromiso firme de Manuel Filiberto de pagarles el resto de lo adeudado; el príncipe saboyano confía en que el rey le envíe el resto del dinero, cosa que finalmente ocurre al cabo de unas semanas. Ese mismo 23 el general anota que necesitan urgentemente dinero y que se tendrá que recurrir a una ayuda extraordinaria de los Estados Generales, o bien aumentar el impuesto de la sal o introducir un impuesto del centésimo⁶⁴.

A pesar de esta relativa calma los problemas de motines no acaban: el 28 de julio el duque escribe que los españoles que están en Luxemburgo se han amotinado reclamando sus pagas; ese mismo día el contador mayor del ejército comunica a Manuel Filiberto que se ha enviado dinero para pagar a las tropas españolas acantonadas en Namur, aún amotinadas –junto con el dinero iba también un comisario para tomar “muestra” de las tropas acantonadas y pagar con exactitud a los soldados presentes y en estado de revista–. Al día siguiente Manuel Filiberto se reúne con los coroneles jefe de los regimientos alemanes para tratar de los desórdenes habidos en los campamentos y alojamientos.

El día 31 de julio el duque escribe desesperado que “todos los regimientos reclaman soldadas”: es una advertencia ante la probable rebelión general de todo el ejército si no se consiguen recursos para calmar al menos un par de meses de soldadas atrasadas.

Incluso entre los soldados españoles va creciendo el descontento: los ejemplos de Namur y Luxemburgo son buena prueba de ello; el 2 de agosto los españoles de Luxemburgo reclaman de nuevo sus soldadas y quieren recibir garantías por parte del marqués de Aguilar, Luis Fernández Manrique, de quien sí se fían. Ante la insistencia de los amotinados en su reclamación de sueldos y en la presencia del marqués, el 4 de agosto Manuel Filiberto envía a Julián Romero para que “vea desamotinallos y mate al electo⁶⁵ y sargento mayor”. Sin embargo no se llega a tal extremo y el 12 de agosto los amotinados españoles deponen su actitud gracias a las gestiones del marqués de Aguilar.

⁶⁴ Al respecto de la introducción del impuesto personal del Décimo ver: GRAPPERHAUS, Ferdinand H.M.: “El décimo de Alba en los Países Bajos: un fracaso de importantes consecuencias” en *Banca, crédito y capital*, op. cit., pp. 105-180.

⁶⁵ El “electo” era el representante de los soldados amotinados, “elegido” por ellos en una asamblea; de él se esperaba que negociase con los representantes oficiales del Rey para conseguir rescabar las pretensiones económicas y de servicio de la tropa. El electo debía responder ante la asamblea y ante el Consejo del Motín, junta reducida de dirigentes de la revuelta que regían los asuntos del contingente rebelado. La intención de Manuel Filiberto es clara: sofocar la revuelta ejecutando a sus principales dirigentes.

El 16 de agosto el general sabauo se vuelve a reunir con los coroneles alemanes para hablar sobre tumultos. El secretario Eraso vuelve con la respuesta de Felipe II que enviará dinero para pagar a todas las tropas, hacia el 20, para hacer muestra general a finales de agosto o principios de septiembre, y con la promesa que entonces se tendrá dinero y la respuesta real. El 25 de agosto hay otra reunión con los oficiales alemanes por los tumultos sobre el reparto de vituallas; los tumultos continúan hasta el día 30, en que finalmente remiten.

Los siguientes meses, coincidiendo con la finalización de los combates y las negociaciones de paz, Manuel Filiberto no registra en su Diario nuevos episodios de motines, aunque ciertamente se produjeron algunas situaciones tensas relacionadas especialmente por la escasez de alimento y la dificultad de vivir sobre el terreno enemigo una vez que se había declarado una tregua.

3.2.2.- Saqueos

A parte de la remuneración estipulada de las pagas, los soldados complementaban su sueldo con el fruto del saqueo y pillaje de las ciudades y personas, pero a lo largo del camino hacia el frente, frecuentemente la soldadesca podía dedicarse a robar en las aldeas y caseríos que encontraban, incluso en territorio amigo. No era menos cierto que alojar los soldados propios era una pesada carga que los lugareños y sus autoridades deseaban evitar a toda costa, y en muchas ocasiones los burgos solicitaban quedar exonerados de estas obligaciones –pagando una fuerte compensación o solicitando esa merced al soberano tras haber realizado un importante servicio a la Corona–, prueba de que la presencia próxima de aquellos aguerridos soldados no era en exceso bienvenida...

Con todo, el climax del pillaje acontecía tras la toma de una ciudad⁶⁶: incluso el insigne humanista y teólogo Francisco de Vitoria afirmaba la legitimidad del pillaje en las guerras justas⁶⁷. Existía la regla no escrita que una población podía esperar clemencia mientras el enemigo no hubiese instalado baterías; sin embargo, aquella petición de rendición provocaría ciertamente el rechazo de las autoridades propias, que una vez la guarnición estuviese en territorio amigo, no dudarían en exigir las más altas responsabilidades por

⁶⁶ Sobre el tema de los saqueos: CHARLES, Jean Leon: “El saqueo de las ciudades en los Países Bajos en el siglo XVI”, en *Revista de Historia Militar*, número 35, 1973, pp. 7-19.

⁶⁷ En su libro *De iure belli* Francisco de Vitoria analizaba los límites del uso de la fuerza en las guerras, estableciendo que no era lícita la guerra simplemente por afanes expansionistas e incluso por diferencias religiosas: a su parecer, la única causa justa era la respuesta a una agresión o una injuria.

aquella “traición”; difícil elección pues para el responsable de la defensa de una plaza, que no podía esperar ni clemencia del enemigo ni comprensión de sus superiores. Es por ello que en la mayoría de ocasiones las ciudades planteaban una decidida defensa, a la espera que las enfermedades y el hambre diezmasen a los asediados o que una fuerza de socorro permitiese aliviar el asedio.

Aunque existen innumerables casos, cada saqueo obedecía a unas circunstancias determinadas que influyeron en aquellos sucesos posteriores. Aún así se puede establecer una regla sobre qué podía suceder previsiblemente⁶⁸: si la plaza se rendía antes de la instalación de las baterías, podía esperar el perdón (llamado “componenda”) y evitar el saqueo mediante el pago de una compensación económica; si la villa ofrecía resistencia aún podía esperar recibir la componenda, pero los términos de la rendición serían mucho más onerosas. El caso extremo se correspondía cuando se abría una brecha en las defensas y los asaltantes entraban “a saco” en la plaza; incluso si los mandos tenían alguna intención de respetar vidas y haciendas durante los primeros momentos del saqueo era prácticamente imposible contener a las tropas, especialmente a aquellas más expuestas y que habían llevado la peor parte de los combates –amén de su procedencia geográfica: era creencia generalizada que las tropas más indisciplinadas eran las alemanas, seguidas por los ingleses, valones, italianos y por último los españoles–; tras el inicio del saqueo y tan solo pasado un buen tiempo se podía esperar que unidades escogidas o procedentes del campamento –es decir, no sedientas de sangre– pudiesen ocupar los lugares estratégicos de la plaza y contener a sus airados compañeros y obligarlos –incluso con las armas en la mano y combatiendo contra ellos– para deponer su actitud.

Así pues, el fruto de la toma de una plaza podía provenir de 3 canales, principalmente: de la contraprestación pagada por los burgueses de la villa para evitar el saqueo; la requisita de objetos o de su contraprestación económica (rescate) de manera organizada; el pillaje individualizado por parte de la soldadesca, siendo este caso el más temido y recordado en la Guerra de Flandes, el conflicto que se iniciaría en 1567 y que se prolongaría a lo largo de 8 décadas y que sembraría de una leyenda negra las acciones militares y políticas españolas en aquel conflicto.

Manuel Filiberto recoge en su Diario que, tras los excesos de la toma de Théroutanne, ante la previsible caída de Hesdin, intentó evitar cualquier tipo de saqueo; su intención era que los disciplinados soldados españoles de Luís de Quesada fuesen los primeros en entrar en la villa para apostarse

⁶⁸ CHARLES, Jean Leon: op.cit., p. 11.

en los accesos y protegerla del resto de soldadesca; cuando los franceses se rindieron, el propio Manuel Filiberto envió heraldos a la ciudad para avisarles que estaban autorizados a abrir fuego contra cualquier soldado imperial que no fuese de los que él había ordenado custodiar la plaza; sin embargo sus previsiones se fueron al traste cuando los soldados valones de Philippe de Ligne, conde de Aremberg, entraron por la fuerza mientras aún se estaba negociando ciertos aspectos formales de la rendición, siendo imitados rápidamente por centenares de soldados alemanes. El propio Manuel Filiberto y su escolta fueron hasta las murallas con intención de detener a la multitud, pero ésta ya se había desparramado por toda la ciudad. Entonces el general ordenó que los oficiales se reunieran en su tienda y les reprendió por no haber controlado a la tropa y proclamó un severo bando para que se le entregasen prisioneros y objetos robados, bajo pena de importantes sanciones; tal amenaza surtió efecto y la tropa entregó a personas y botín. Manuel Filiberto retuvo a los personajes principales y dio la libertad a 1.400 soldados enemigos para que regresasen a tierras francesas –tal razón no fue meramente por razones humanitarias: con su marcha el ejército hispano se ahorraba su manutención, pero también obligaba al ejército contrario a mantener a aquella oleada de refugiados–.

El siguiente episodio importante de saqueo fue el de San Quintín⁶⁹, muy violento y extremadamente lucrativo para la tropa: algunos soldados obtuvieron 1.000, 2.000 y hasta 12.000 escudos; las primeras unidades en entrar a saco en la plaza fueron alemanes e ingleses, que se dedicaron a robar y matar indiscriminadamente en las casas de los burgueses y también en las iglesias; el rey Felipe y Manuel Filiberto intentaron poner coto a aquellos desmanes y al día siguiente de la caída de la plaza se ordenó que alemanes e ingleses abandonasen la ciudad, siendo esta guarnecida por españoles y borgoñones; los alemanes se enfadaron y prendieron fuego a las casas, cebándose esta nueva desgracia en los pobres habitantes; también se constataron combates ente diversos grupos de diferente nacionalidad del ejército hispano, disputándose los despojos del botín⁷⁰.

En las campañas francesas y flamencas también se produjeron diversos actos de bandidaje por parte de las tropas hispanas, especialmente de los mercenarios alemanes, de los que Manuel Filiberto no estaba muy contento por sus acciones en el campo de batalla. Mientras estos desmanes ocurrieron en territorio enemigo el mando español apenas puso reparos ni medidas para pararlos, pero cuando estos sucedían en territorio propio el problema

⁶⁹ MESA GALLEGO, Eduardo: op.cit., p. 60.

⁷⁰ *Ibidem*, pp. 61.

aparecía en toda su intensidad: tomemos como ejemplo la anotación del 23 de octubre de 1558, en plenas conversaciones entre españoles y franceses para consolidar una tregua, cuando escribe Manuel Filiberto que se ha reunido con los oficiales de caballería alemana para pedirles que, si se firma el armisticio, cuando entren de nuevo en territorio flamenco, “...en tierras de Su Majestad que miren de vivir como conviene al servicio de Su Majestad; veremos lo que dirán, aunque entiendo que están algo descontentos⁷¹”. De hecho, 2 días más tarde el rey Felipe II se reunió también con los alemanes, a los cuales mandaba presidir Arras, que “tuviesen buen regimiento pues estaban en sus tierras. Y ellos muy contentos prometieron que lo harían y pidieron dineros y vituallas”; de nuevo hay que poner de manifiesto que en la mayoría de las ocasiones las violencias y agresiones cometidas contra la población no eran *per se* sino motivadas por la falta de “dinero y vituallas”, tal y como reclamaban aquellos soldados.

Incluso los soldados españoles, que tan merecida fama de valientes habían cosechado en aquellas tierras flamencas, eran odiados en algunas zonas por algunos comportamientos predatorios: en un consejo de guerra celebrado en el invierno de 1553 para tratar el licenciamiento parcial del ejército, ante la propuesta de prescindir de 1.000 españoles, los nobles flamencos asintieron porque “según los males que hacían y el odio que les tenían los de estas tierras, que sería mejor no tener ninguno por que era mayor el daño que ellos hacían del que pudieran hacer los enemigos.”⁷² Tan solo habló en favor de los españoles el genovés Antonio Doria, que argumentó sobre su valor y sobre el gran servicio realizado; Manuel Filiberto concluyó que su presencia era absolutamente necesaria y por tanto no se podían licenciar; los nobles flamencos, ante la negativa de su superior, decidieron mudar su opinión y convenir mantener a los españoles y licenciar a otros contingentes en su lugar.

No era menos cierto que los desmanes se podían evitar “con pagar cada mes (el sueldo de la tropa) y moderar el precio de las vituallas, el cual en verdad es tan alto que los soldados no se pueden en ninguna manera sustentar con él”; la tropa subsistía con el dinero que recibía irregularmente, con los ahorros de campañas anteriores y del crédito que recibían de los mercaderes locales, por lo que cuando pasaban muchos meses sin cobrar, tanto los ahorros como el crédito se agotaban.⁷³

El propio Manuel Filiberto estaba convencido que era la propia maquinaria militar hispana la que estaba en el origen de los desmanes: la in-

⁷¹ *Diari*: p. 101.

⁷² *Ibidem*, p. 163.

⁷³ *Diari*: pp. 164 y 184.

gente recluta de tropas para tantas campañas y para tan largo período de servicio, unido al hecho de la crónica falta de recursos conformaban un polvorín que podía estallar en cualquier momento: “habemos de incurrir en uno de estos dos inconvenientes: o levantar la gente y después que estuviere por aquí no tener con qué pagarla y que sean forzados a saquear y robar esta tierra (...) o que se vayan donde se les antojare, quedar sin gente y sin reputación en Alemania”⁷⁴.

3.2.3.- Rescate de prisioneros

El rescate de prisioneros era un lucrativo negocio reservado para las élites del ejército: por cuestión de pertenencia de clase frecuentemente todos los altos oficiales de los ejércitos contendientes buscaban proteger la vida de sus equivalentes del otro bando; por ello no es de extrañar que se ofreciesen importantes sumas de dinero por la vida de los generales contrarios –dinero que se esperaba recuperar con creces exigiendo a su vez un fuerte rescate a su familia por su libertad–. Así, el duque Manuel Filiberto había ofrecido una recompensa de 10.000 escudos al soldado que prendiese al general Montmorency: sucedió que un jinete de la caballería ligera española, de apellido Sedano, de la palentina villa de Abia reclamó haber sido su captor, cosa que contradecía la declaración de su oficial superior, el capitán Valenzuela, que era quien la había solicitado. El rey solicitó al condestable Montmorency que explicase aquellos hechos para esclarecer de una vez por todas a quien dar la recompensa: el francés afirmó que el soldado le había capturado y le había entregado caballo y espada, pero a quien había dado fe (esto es, palabra de rendición) era al capitán; puesto que había quedado demostrado que era el humilde soldado el verdadero protagonista de los hechos, se acordó que el jinete recibiría 8.000 escudos y el capitán 2.000⁷⁵.

Y cuando la ciudad de San Quintín cayó el 27 de agosto el almirante Coligny⁷⁶ fue preso por el infante español Francisco Díaz, natural de Toro,

⁷⁴ *Ibidem*, p.181. Manuel Filiberto estaba muy preocupado que en tierras alemanas se corriera la voz que la Monarquía Católica no pudiera pagar sus deudas con las tropas, de tal manera que nadie se quisiese alistar; aunque se podía aceptar que las pagas se retrasasen era ciertamente inaceptable que no se pagasen al final de unos meses.

⁷⁵ CODOIN: *op.cit.*, tomo 3, p. 497. MESA GALLEGU, Eduardo de: *op.cit.*, p. 39.

⁷⁶ Gaspard II de Coligny (1519-1572) fue un noble y militar francés; hijo del almirante de Francia, Gaspard I de Coligny, el joven Gaspard inicia la carrera militar en la década de 1540. Toma parte en la batalla de Ceresoles (1544) y en 1547 es nombrado de *Colonel général* de las *Bandes françaises* (creadas en 1479, también llamadas *Bandes de Picardie*, siendo las primeras unidades permanentes de infantería de la monarquía francesa en tiempos modernos). En 1552 fue nombrado almirante de Francia y gobernador de la región de Picardía, puesto desde el que estaría en primera línea en las diversas campañas en la frontera franco-flamenca.

que fue recompensado con 10.000 escudos; y François de Montmorency, hijo del condestable de Francia, fue preso por el capitán Antonio de Velasco, que fue recompensado por el duque de Saboya con 12.000 escudos⁷⁷. Parece ser que también fue capturado François d'Andelot de Coligny, hermano del almirante Coligny, al cual había sucedido en el empleo de cargo de coronel general de infantería; sin embargo, François d'Andelot sobornó a sus captores para que le dejaran escapar y de hecho fue de los pocos nobles galos que alcanzaron Francia tras la debacle de la batalla y del asedio⁷⁸.

Otro caso concreto de un noble que no sentía reparos en cobrar un rescate lo encontramos en Ponthus de Lalaing, señor de Beugnicourt, cuando el 19 de julio de 1558 escribe a Manuel Filiberto para que se tenga en cuenta su derecho sobre el rescate del preso *monsieur de Villebon*, capturado en la batalla de Gravelinas (13 de julio de 1558), puesto que el conde de Egmont quería cobrar solo el rescate.

Y el propio rey Felipe y Manuel Filiberto participaron del negocio del rescate: tras la contundente victoria de Gravelinas los espías hispanos informaron al rey que en el bando francés surgían dudas sobre la conveniencia de continuar la guerra y se empezaron a oír voces cuestionando la estrategia militar del duque de Guisa; sin embargo este insistía al rey Enrique II de proseguir el conflicto, puesto que de mediar una tregua aquello sería considerado una pérdida del honor francés –de hecho, Guisa temía la pérdida de su propio prestigio y ascendiente sobre el rey, puesto que hasta aquel entonces él había orquestado la estrategia de guerra de Francia–. Es por ello que tanto el rey Felipe como Manuel Filiberto estudiaron la posibilidad de poner en libertad al condestable Montmorency: la familia de este formaba una facción rival al influyente clan de los duques de Guisa; los españoles estaban interesados en que regresase a Francia para aconsejar al rey Enrique II de la conveniencia de la firma de una paz. Pero tampoco se olvidaba Manuel Filiberto que Montmorency era una familia muy poderosa y rica, por lo que su libertad tendría un alto precio. Tras el inicio de las conversaciones de paz en Cercamps, el 30 de noviembre de 1558 Felipe II y Manuel Filiberto se reúnen

El almirante Coligny, para no ser muerto en los desmanes del saqueo de la villa de San Quintín se vistió con un rico vestido de terciopelo negro y cadenas de oro para destacar su alto rango y que le respetasen la vida. CODOIN: op.cit., tomo 3, p. 512. Después de la derrota de San Quintín Coligny fue encarcelado en el puerto de La Esclusa; durante aquel encierro meditó sobre su vida y sus creencias, y animado por parte de su familia, adoptó las ideas de los hugonotes. A su regreso a Francia encabezaría la facción nobiliaria protestante.

⁷⁷ CODOIN: op.cit., tomo 3, pp. 511-512.

⁷⁸ CABRERA DE CÓRDOBA, Luís: op.cit., 190; MESA GALLEGU, Eduardo de: op.cit., p. 59. Cabrera de Córdoba no indica nada al respecto tan solo que el noble francés «en hábito humilde huyó».

para acordar dejar libre al condestable Montmorency; el general saboyano envía a sus hombres de confianza, Fabri y Estorpiana, para que negocien con el condestable, preso en Lille: Manuel Filiberto exige inicialmente 300.000 escudos de oro por su liberación; es una cifra muy alta que Montmorency rechaza. El 9 de diciembre se acuerda liberar al condestable Montmorency a cambio de un rescate de 200.000 escudos; el 13 de diciembre el condestable dice que tan solo podría pagar 150.000 escudos, pero Manuel Filiberto insiste en la cifra de 200.000 pero flexibiliza el calendario de pagos, como si fuese una mera transacción comercial: 60.000 escudos en el momento de la liberación, 90.000 dentro de 1 año y 50.00 dentro de 18 meses de la liberación. Finalmente el 16 de diciembre el condestable acepta la propuesta de pagar el total de 200.000 escudos y es liberado al cabo de pocos días, regresando a la corte francesa a finales del mes.

Los soldados también eran conscientes de la valía del canje de prisioneros y algunos de ellos buscaban participar en este “negocio” con las vidas de personas de estatus inferior –capitanes, burgueses de la ciudad, etc.– a espaldas de los mandos. Es por ello que el 2 de setiembre de 1557 –es decir, más de 3 semanas más tarde de la batalla y tras una semana de la captura de la ciudad– se tuvo que publicar un bando real por el que la tropa tenía que entregar todos los prisioneros franceses y ponerlos a disposición del secretario real Francisco de Eraso, so pena de muerte del infractor: aparecieron entonces varias decenas de famélicos y asustadizos franceses, capturados en la batalla del 10 de agosto y en la caída de la ciudad del 27.

La cantidad de prisioneros franceses tomados tras San Quintin, muchos de ellos de alto rango, fue tal, que el arzobispo y teólogo Bartolomé Carranza de Miranda, en aquellos momentos en Bruselas por su cargo de consejero del Imperio en Flandes, relataba que “cada día llevan por aquí presos franceses y por todos estos castillos reparten duques y condes de Francia”⁷⁹.

3.3.- Conclusiones

La conducción de la guerra, el éxito o la derrota, no solo vienen determinados por el entrenamiento o moral de las tropas o de la habili-

⁷⁹ CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *op.cit.*, pp. 190-195; PARKER, Geoffrey: *op.cit.*, p. 146. Bartolomé de Carranza había estado 3 años en Inglaterra con la misión de “reconducir” la iglesia inglesa a la obediencia romana; el rey Felipe lo había reclamado a Flandes para vigilar la publicación de libros “erráticos” en librerías y universidades flamencas. Por su consejo el rey Felipe ordenó que en todos los puertos de sus dominios se exhibiese una lista con los libros prohibidos.

dad estratégica y táctica del alto mando, también influyen un sinfín de elementos como los recursos económicos, la logística o la climatología. En los escritos de Manuel Filiberto se observa como a lo largo de todas sus campañas el general tuvo que lidiar con importantes problemas económicos, de disciplina y logísticos, muchos de ellos que casi abocaron a la derrota a un ejército que, paradójicamente con tantas limitaciones, siempre salía victorioso de los combates. A modo de resumen de todas las cuestiones tratadas en las páginas precedentes cabe decir que del total de días recogidos en las páginas del *Diari* (316 días del período 1554-1558), y en relación a las problemas descritos, hallamos la siguiente relación de citas:

- Problemas sobre financiación de las tropas: mencionados en 147 ocasiones (51,22% de las referencias a problemas).
- Problemas sobre suministros: mencionados en 95 ocasiones (33,10% de las menciones sobre problemas).
- Problemas sobre disciplina y motines: mencionados en 40 ocasiones (13,94 %)
- Problemas sobre saqueos: mencionados en 5 ocasiones (1,74%)

La anterior lista no nos mueve a engaño respecto del principal problema al que se enfrentó Manuel Filiberto al frente del ejército hispano en aquellas campañas: las penurias de la hacienda real y la incapacidad de mantener recursos suficientes para pagar regularmente a las tropas; a pesar de los incumplimientos de las autoridades la mayoría de las unidades mantuvieron su fidelidad al rey y al servicio, pero cuando los retrasos alcanzaban cifras clamorosas, amén de sufrir igualmente las privaciones de la vida de soldado, las tropas amenazaban con no combatir como única –y radical– medida de motivar a las autoridades a responder a sus justas demandas de recibir las contraprestaciones económicas a que se habían comprometido en el momento de la incorporación a filas.

Tampoco las autoridades españolas o flamencas querían o permitían tales situaciones ni constituía ninguna maniobra orquestada para escatimar el pago de las soldadas, sino que la propia dinámica internacional de la monarquía, la internacionalización y multiplicidad de frentes abiertos y conflictivos, así como la propia naturaleza cuasifeudal de las relaciones de poder y de finanzas en todos sus territorios impedían que se pudiera disponer de la ingente cantidad de recursos necesarios para hacer frente a las amenazas y compromisos reales.

**BIBLIOGRAFÍA BÁSICA
SOBRE MANUEL FILIBERTO DE SABOYA**

- CABRERA DE CÓRDOBA, Luis: *Historia de Felipe II, Rey de España*. Vol. I, Aribau y cía, Madrid, 1876.
- DUCROS, Jean Pierre: *Histoire d'Emmanuel-Philibert, duc de Savoie*. Charmerot, París, 1838.
- EMANUELE FILIBERTO, duque de Saboya: *I Diari delle campagne di Fiandra*. Società storica subalpina, Turin, 1928.
- MERLIN, Pierpaolo: *Manuel Filiberto. Duque de Saboya y General de España*. Actas, Madrid, 2008.
- PARKER, Geoffrey: *Felipe II. La biografía definitiva*. Editorial Planeta, Barcelona, 2010.
- PLEINCHAMP, Jean-Chrysostome Bruslé: *Le Histoire d'Emmanuel Philibert, duc de Savoie*. Chez Jaque le Noir, Amsterdam, 1692.